ANT
XIX
1329

17 cm5.

BIBLIOTECA MILITAR

BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

DE LA

GUERRA DE ÁFRICA

POR EL

GENERAL YUSUF

BARCELONA

Redacción y Administración de la REVISTA CIENTÍFICO-MILITAR y BIBLIOTECA MILITAR

Calle de Valencia, 323, entresuelo

1887

Barcelona: Imprenta de F. Giró, Gran Vía, 212 bis.

ADVERTENCIA AL LECTOR

El Excmo. señor teniente general D. Manuel Armiñán ha tenido la bondad de cedernos la presente obrita, que le fué regalada para su uso particular por el traductor de la misma. El señor general Armiñán, que ha hecho la guerra en Cuba, que la conoce, y que tan excelentes servicios ha prestado en ella, nos dice:

«La guerra que aquí se describe es muy parecida á la de América, y con muy pocas variantes se ha llevado á cabo en Cuba, con la diferencia de ser esta última en un teatro muy reducido. De todas maneras, está perfectamente descrita, y cuanto en ella se previene no debe ignorarlo ningún comandante de fuerza, sea cual fuere su graduación.»

Al hacer aquí público el testimonio de nuestra gratitud al señor general Armiñán, por su bon-

dad en cedernos esta obrita para su publicación en la BIBLIOTECA MILITAR, cúmplenos significar, á la vez, que nuestro mayor deseo es que los oficiales estudiosos saquen de ella la mayor utilidad, porque las lecciones de la práctica y de la experiencia, no menos que las del libro, aconsejarán siempre las mejores disposiciones en todo caso, objeto y lance de la guerra, enseñándonos á evitar ulteriores desaciertos.

DE LA GUERRA DE ÁFRICA

Deberes del comandante de una columna

Sentada la necesidad de establecer columnas móviles, ocupémonos en el examen detallado de los deberes del comandante de una columna.

Empezaré por hacer observar que una columna, lo mismo que un ejército, se identifica siempre con su jefe. Todo el que, al recorrer un campo, oiga las conversaciones, los chistes y hasta las distracciones de un vivac, tendrá al momento una idea exacta del jefe y el grado de confianza que ha sabido inspirar á sus tropas. Él es la cabeza: los soldados no son ni deben ser más que los brazos.

Pongo en primera línea de las cualidades que debe poseer el comandante de una columna, la de saber tomar sobre él una gran responsabilidad.

Así, por ejemplo, puede suceder con frecuencia que informes precisos le obliguen á obrar contrariamente á las órdenes que ha recibido en

el momento de su partida. Entonces debe hacer lo que las circunstancias exigen, sin esperar nuevas instrucciones, la mayor parte de las veces demasiado tardías para poder ser ejecutadas á su llegada.

Si coge bajo su mano á una tribu culpable, debe atacarla sin vacilar, aunque no pertenezca á su subdivisión y sin que tema lastimar la susceptibilidad del jefe á cuyo cargo se halle. Solamente debe cuidar de darle parte, en seguida, de lo que ha hecho.

También debe reflexionar mucho antes de dar órdenes en su tienda, con sus oficiales ó ayudantes; debe notificarlas á su antojo, sin que nada se traspire fuera; velar por su ejército: hé aquí todo lo que éste debe saber. Pero una vez comunicadas estas órdenes, preciso es que se ejecuten puntualmente, á no intervenir circunstancias extraordinarias.

Así ha sucedido muchas veces que, en el momento de levantar el campo el soldado, pronto á ponerse en marcha, venía á detener su partida una orden inesperada, y la columna permanecía inmóvil, con el morral y el fusil á la espalda, los caballos ensillados y con las bridas puestas, y cargado el convoy.

Debe evitarse con el mayor cuidado semejante inconveniente: primero, porque el sueño y el reposo del soldado han sido inútilmente interrumpidos; y luego porque, si se renovase tal caso,

los hombres creen que puede sobrevenir una contraorden, no se dan prisa, y cuando creéis que vais á poneros en marcha os halláis con que no están preparados ni hombres, ni caballos, ni mulas.

También la precipitación es tan mala como la duda. Así, cuando ocurre una alarma, y la mayor parte de las veces son falsas, se cruzan las órdenes en todos sentidos y se acude á las armas. El soldado, que iba á comer la sopa, lo abandona todo; y luego, al cabo de algunos minutos, avisan al comandante que ha sido un error; cada cual vuelve á su puesto, y el pobre soldado se ve reducido, para comer, á tomarlo de los víveres del día siguiente. Un día, en el Sur, habiendo aparecido á lo lejos una nube de polvo, resonó por todas partes el grito de «¡A las armas! ¡Ahí están los árabes!» Los soldados, que estaban comiendo el rancho, echaron mano á las armas, y pocos momentos después vieron que la causa de esta alerta era un rebaño de avestruces.

Se cree generalmente, y es lógico pensar, que los soldados tienen en campaña raciones más fuertes que cuando están de guarnición. No hay nada de eso.

Los víveres del soldado en guarnición consisten en:

Una ración de pan, que llaman de munición, de 750 gramos.

Una ración de vino, de 25 centílitros.

De arroz y de legumbres, de 60 gramos.
De sal, de 1/60 de kilogramo.
De carne, de 200 gramos.

Unid á esto 20 ó 25 céntimos al día, lo cual permite al soldado aumentar y mejorar su alimento; sólo tiene un trabajo poco penoso, va al ejercicio, cumple con sus obligaciones en el cuartel, va de guardia y se halla al abrigo de todas las intemperies de las estaciones.

En campaña el soldado anda ocho ó diez leguas por etapas, cargado con sus armas, con víveres para muchos días; sube montañas, atraviesa torrentes ó bien recorre llanuras inmensas; ora bajo un cielo de fuego, ora bajo torrentes de agua; sin contar las marchas de noche, que son las más penosas, llega al vivac, levanta su tienda; pero si es durante el verano, tiene que luchar con el calor y los insectos; si es durante el invierno, la tierra, humeda y fría, sólo le ofrece un lecho de fango. Después de haber descansado de las fatigas de una marcha penosa, no siempre halla agua; y cuando la encuentra es muchas veces salitrosa y sucia: ¿qué recibe entónces en víveres?

Una ración de galletas, de 643 gramos.
De carne, 300.
De sal, de 1/60 de kilogramo.
De azúcar y café, 12 gramos.
De arroz, 60 gramos.

Así, en vez de pan, come galletas. Si se me objetase que 643 gramos de galleta equivalen á 750

gramos de pan, porque la galleta encierra menos agua y más elementos nutritivos, respondería que la ración de galleta que se da al soldado es insuficiente. En vez de vino bebe café, lejos de todo lugar de provisiones, en un país donde los habitantes huyen delante de él, no halla nada que comprar y le es de todo punto imposible mejorar su alimento.

¿Qué sucede entonces? Que los soldados comen cuanto encuentran: ratas, serpientes, yerbas, tortugas, raíces: todo es bueno para ellos. Tan pronto como cogen un caballo ó una mula, la parten en pedazos; y sus privaciones han sido á veces tan grandes, que para ellos semejantes comidas son entonces festines.

No sólo son insuficientes los víveres de campaña, sino que además cada soldado lleva consigo para diez días. Ahora bien: es regla general, absoluta para todas las columnas, que se las coman en ocho. Es bastante difícil remediar este inconveniente: ¿cómo evitar que los soldados se coman sus galletas durante las reiteradas marchas de noche?

El comandante, que ha calculado lo que durará su expedición por la cantidad de víveres que trasporta su convoy, conoce muy pronto que empiezan á desmejorar muchos de sus ho nbres, y que la marcha de la columna se retrasa forzosamente. Entonces es cuando aparecen los fugitivos ó desertores.

¿Qué hacer? ¿Cómo castigar á hombres que la mayor parte de las veces no comen en tres días? Usar de rigor con estos desgraciados no conduciría á nada. Entonces hay que hacerles una distribución suplementaria; pero si se ve obligado á hacer la campaña, si está lejos de los puntos de abastecimientos, no hay más que una alternativa: disminuir la ración, ya tan exigua, de cada hombre, para volver á hallar el suplemento que ha dado, ó abandonar sus operaciones; y entonces el fruto de tantas fatigas se ve perdido y el dinero del Estado se invierte inútilmente.

Preciso es tener el valor de decirlo: en nuestras expediciones ha habido soldados que han muerto de hambre... ¡Cuántas veces nos hemos entristecido ante ese espectáculo horrible! ¿Y qué no hubiéramos dado por procurar una galleta ó una pipa de tabaco á esos hombres, cuyos esfuerzos habían sido inauditos, su valor siempre admirable, y que no sucumbían sino bajo el exceso de la miseria?

La moral del soldado se sostiene fácilmente atendido á su buena índole; mas las privaciones hacen en lo físico contraer el germen de enfermedades que no tardan en desarrollarse: entonces va á morir á un hospital, ó si vuelve á sus hogares sucumbe muy pronto, á pesar de toda la energía de su corazón. Se atribuyen á la sola influencia del clima las pérdidas que se deben únicamente á las privaciones del alimento que afligen

al soldado. Estoy convencido de que, de todos los hombres que han muerto en Africa, sólo una décima parte ha sucumbido bajo el fuego del enemigo.

Se me objetará tal vez que las raciones del soldado son las mismas en Africa que en Europa.

Á esto responderé que ambas guerras no tienen comparación desde ningún punto de vista. En Europa, los días que preceden á una batalla, cuando hay grande aglomeración de hombres, el soldado duerme en el suelo; pero casi siempre está alojado en las ciudades y no vivaquea; en las avanzadas sabe muy bien construir barracas; los bosques y las selvas le proveen por todas partes, y en abundancia, de los materiales y el fuego. Conserva su alegría y buen humor, gracias á la ración diaria de vino y de aguardiente. ¡Ganáis una batalla, os apoderáis de inmensas provisiones, entráis como vencedores en las poblaciones conquistadas, y el ejército olvida todas sus fatigas, todas sus privaciones, cuando sabe que el mundo le admira y que su regreso á la patria será un triunfo!

En Europa, en fin, la guerra se hace con humanidad: el vencedor hace vendar las heridas del vencido; los hospitales se abren para todos; los prisioneros están bajo la salvaguardia del derecho de gentes.

En África no existe nada de esto: en África, donde el soldado está sin cesar de expedición, y

aun podría decir que siempre con el arma al brazo, pasa el día en marchas forzadas, y por la noche tiene la dura tierra por lecho. Recorre un suelo casi ingrato en su mayor parte. ¡Desgraciado del que se quede atrás, aunque no sea más que unos pasos, porque es asesinado sin piedad! Una raza implacable le provoca sin cesar: impalpable siempre, huye delante de él. Jamás encuentran un ejército árabe: es una multitud de hombres á caballo, de ancianos, mujeres y niños. El enemigo se dispersa á su vista, pero está en todas partes: en los bosques, en las zanjas: en una palabra, se le ve sin cesar y no está en parte alguna. Un pueblo nómada no presenta sino muy pocos lados vulnerables.

Después en Africa se hace la guerra con barbarie: ¡el árabe cree hallar mérito á los ojos de Dios matando á un cristiano, y lo persigue hasta después de su muerte! Dejáis un vivac, y en seguida vienen á registrar la tumba de nuestros soldados, exhuman sus cadáveres, y estos horribles restos son arrastrados de tribu en tribu! El que sucumbe no siente ni aún la embriaguez que da la victoria, seguro como está de ser insultado hasta en su muerte.

En una palabra: la guerra en Africa es una guerra de exterminio.

Verdad es que un comandante de columna no puede impedir tantas fatigas, privaciones y miserias; pero jamás debe descuidar, antes de su par-

tida, asegurarse de la cantidad y calidad de los víveres. Algunos jefes se muestran severos hasta el exceso con los cantineros y vendedores que siguen á las columnas.

Esto es muy mal hecho: si se les ha de impedir que lleven alcoholes, licores fuertes, siempre adulterados, verdaderos venenos, preciso es que se les conceda la mayor facilidad de trasporte para todo el exceso de sus provisiones, porque muchas veces han sido un recurso bien precioso para nuestros soldados.

El gobierno, por su parte, ha mostrado también una severidad exagerada con nuestros comandantes de columnas: así ha ido hasta hacerles pagar los víveres que de resultas de algunas marchas penosas habían sido distribuídos, además de las raciónes estrictamente debidas á pobres soldados, que estaban privados de ellas hacía algunos días. En vez de mostrar una severidad que sólo es tacañería, debería aumentar los víveres de campaña, y recordar que si la tropa está mal alimentada no puede esperar que se saque de ella un gran partido, mientras que, por el contrario, se puede, por medio de marchas forzadas, obtener grandes ventajas y hacer muchas economías con soldados que no tienen que sufrir el hambre.

El capitán más grande de los tiempos modernos no descuidaba esta circunstancia: su previsión se extendía á todo. Nunca ejército alguno fué alimentado como los del Imperio. Así, ¿qué inmensos resultados no obtuvo?

No pretendo, en verdad, que se trate al soldado francés como al soldado inglés; pero no se puede exigir de él la sobriedad de un español ó un árabe. Una columna que debe permanecer durante muchos meses en campaña, deberá tener dos batallones encargados de proveerla: de otro modo perdería un tiempo precioso, si se viese obligada á volver atrás. Cualquiera columna que no sale sino por 20 ó 30 días, debe llevar consigo víveres para una tercera parte más de tiempo, puesto que, si se conoce el día de la salida, no se puede fijar el del regreso. Tres ó cuatro días después de su partida, el comandante de una columna debe informar escrupulosamente al gobernador de cuanto le suceda. Debe además no descuidar pormenor alguno, cuya importancia, que le parecería mínima, podría, sin embargo, ser grande para otro. Así, pues, debe ponerse en correspondencia no sólo con el comandante de la división en que opera, sino también con los de las otras divisiones, y mantener relaciones tan frecuentes como sea posible con los demás comandantes de columnas. Lo mejor sería dirigir las cartas duplicadas, y aun triplicadas, y enviarlas por correos diferentes.

Siendo la mayor parte de los planos imperfectos, fiándose de ellos se cae en errores, sobre todo respecto á las distancias. El comandante de una columna hará, pues, muy bien en preguntar, antes de su partida, á todos los que puedan darle noti

cias exactas sobre el país, y proveerse de todos los documentos topográficos que pueda recoger. Además no debe descuidar tampoco hacer levantar minuciosamente el terreno de toda la comarca que recorre. Á este efecto podrá ser agregado á la columna un oficial de E. M. encargado del servicio topográfico.

Todo cuanto puede interesar al paso de un ejército debe indicarse en estos mapas. Así es preciso marcar los desfiladeros, las llanuras, las montañas, colinas, lagos ó arroyos, los vivacs y sus alrededores, los sitios donde hay agua ó donde ha podido haberla los años anteriores, los terrenos fangosos, y aquellos donde pueda haber forrajes. Estas cartas geográficas serán enviadas, después de la expedición, al depósito del ministerio de la Guerra: las duplicadas se enviarán al jefe principal de la subdivisión, á fin de que puedan ser consultadas por los comandantes de las columnas que tengan que operar en el mismo país.

El comandante de una columna debe comunicar hasta sus menores intenciones y dar parte de todos sus proyectos á su jefe de E. M. Es indispensable que este último conozca enteramente las distintas operaciones que debe hacer la columna en el caso de que aquél muriese.

Para la organización de una columna debe elegir veinte ó treinta spahis de los más inteligentes que conozcan bien el país donde debe operar-

se, y sobre todo aptos para prestar los importantes servicios que de ellos se espere y que más adelante indicaré. Llamaré á estos spahis *exploradores*.

Salida de una columna

Cuando una columna sale, bien de una ciudad, bien de un puesto de abastecimiento, la primera marcha debe ser una tercera parte más corta que las que le sigan. La víspera ha sido día de despedidas; muy pocos soldados han entrado en el cuartel; la disciplina ese día se deja á un lado, porque saben muy bien que los jefes harán la vista gorda, como suele decirse. En efecto: preciso es ser indulgente con las ligeras infracciones cuando pocos días después debe exigirse de estos valientes marchas forzadas, y porque además todo el que se atrase en la cantina soportará sin murmurar las mayores privaciones.

La primera marcha debe ser, pues, corta; porque, á despecho de todas las órdenes y á pesar de la atención que en ello ponen los oficiales, no se podrá nunca impedir que los soldados, además de los diez días de víveres y sesenta cartuchos que llevan, no carguen con toda clase de comestibles: respecto á esto los veteranos hacen como los conscriptos.

Todos se ponen en marcha cantando. Si el paso de la columna no va arreglado, echan á correr. Ahora bien: si el primer día emprendéis una marcha, aunque sea ordinaria, podréis estar ciertos de que las ambulancias estarán llenas muy pronto.

Los soldados, que no se han acostado, y que todos han bebido inmoderadamente, se ven sobreexcitados la mayor parte: por este medio se habituarán los hombres á la marcha, y se podrá, en caso dado, obtener de ellos marchas forzadas de día y de noche, con frecuencia necesarias, pero en las que un jefe debe esforzarse en perder la menos gente posible.

Hay grandes inconvenientes para hacer marchar su tropa en una sola columna, á consecuencia de su profundidad demasiado grande. En primer lugar, es muy raro que se llegue muy pronto al vivac; la tropa, desarrollándose como una serpiente, experimenta forzosamente grandes fatigas; la vanguardia se halla á gran distancia de la retaguardia; para estrechar se ve casi siempre esta última obligada á doblar el paso; cuando llega al campo va extenuada. Se ha visto muchas veces que los primeros que se instalaban habían comido el rancho y estaban descansando, cuando los otros se hallaban aún muy lejos. Un inconveniente más grave resulta de este (género) orden de marcha: como lleguéis con hombres extenuados, si algunas horas después os veis

obligados á hacer una marcha de noche (y el caso se presenta con mucha frecuencia), tenéis al día siguiente vuestras filas llenas de hombres que cojean, las ambulancias se llenan de enfermos, y podéis veros en la dura necesidad, no sólo de retardar, sino de aplazar vuestras operaciones.

En una columna compuesta ordinariamente de cuatro ó cinco batallones, de 500 ó 600 caballos, de una sección de zapadores, de una sección de artillería de montaña, de una ambulancia y de un convoy siempre bastante considerable, puesto que debe llevar tres ó cuatro meses de víveres, debe arreglarse la marcha de este modo:

Marcha en tres columnas

Los primeros y segundos batallones, que estaban llamados por su turno á marchar al frente de la columna, forman la columna de la derecha; los terceros y cuartos la de la izquierda. El quinto batallón cierra la marcha, y compone la retaguardia marchando á 50 metros de distancia de las tres columnas.

La columna del centro se compone, pues, de una sección de ingenieros, que marcha á la cabeza, seguida de una compañía de cazadores. Esta compañía debe ser siempre la misma, no debe llevar morral ni hacer guardias.

Más adelante diré cuál ha de ser exclusivamente su empleo. En seguida deben venir la sección de artillería, la ambulancia, el tren de equipajes, los bagajes del E. M., los de los cuerpos por orden de marcha, el convoy de víveres y el de la administración. Cierra la marcha el quinto batallón que (cierra la marcha) compone la retaguardia; las tres columnas deben marchar uniformemente á veinticinco pasos de intervalos; las de la derecha é izquierda formadas por medias secciones. Los jefes de los batallones deben arreglar las distancias de las medias secciones de los suyos de modo que cubran la columna del centro. Las columnas de derecha é izquierda deben guiarse en el centro por la división que hay que seguir. El oficial que se halla al frente de esta columna debe guiarse por el oficial de E. M. que va al lado del abanderado á veinticinco pasos. Éste, que es el guía de la columna, debe marchar delante, lo más recto que le sea posible, para evitar que la columna serpentee, lo que aumentaría mucho la fatiga.

Paso de obstáculos y desfiladeros

Cada vez que un paso ó desfiladero os impida pasar en tres columnas, la de la derecha toma la

cabeza seguida por la del centro, después por la de la izquierda y, por fin, por la de retaguardia. Así se continuará marchando hasta el toque de parada. Entonces, si el terreno lo permite, la columna del centro y la de la izquierda continúan marchando hasta que hayan llegado á la altura del frente de la columna de la derecha para volver á tomar su primer orden de marcha.

Cuando se llegue á un terreno difícil ó á la entrada de un desfiladero, la sección de ingenieros, protegida por la compañía cabeza de columna, marcha doscientos pasos para servir de vanguardia y hacer desaparecer los obstáculos.

En los países montañosos, donde se encuentran sin cesar desfiladeros, donde la columna no pudiendo marchar sino en una sola fila se despliega en gran profundidad, debe ser protegida así:

En el momento en que la cabeza de la columna llegue á un desfiladero, los dos (compañías) batallones que forman la columna de la izquierda marcharán adelante, escalonándose por compañías, media ó sección, de modo que cubran, tanto á derecha como á izquierda, las alturas del desfiladero hasta una legua.

Luego que los escalones hayan sido colocados por el comandante mismo, deben ponerse en marcha. La columna se adelantará así como en un cajón que la protege, y la cabeza deberá tenerse á la altura del primer escalón: entonces se estrechará en masa. El comandante de estos dos ba-

tallones, que ha permanecido en el último escalón, los irá reuniendo á todos á medida que la cola de la columna haya ido pasando.

Después empleará el comandante otros dos batallones, y así los demás, hasta que se hayan salvado los pasos peligrosos.

Si los mismos escalones protegiesen largo tiempo á la columna, tardarían muy poco en verse extenuados: los barrancos que atravesar, las montañas que subir, pronto los pondrían fuera de servicio, y la marcha se vería mucho más atrasada.

Flanqueadores

En tiempo de paz como de guerra, es preciso marchar siempre como en país enemigo: 1.° para que la tropa no deje de habilitarse á este orden de marcha; 2.° porque no debe contarse nunca con los árabes, puesto que la primera aparición de un cherif puede sublevar en poco tiempo la comarca más tranquila. En consecuencia, las columnas de derecha é izquierda deben enviar sus flanqueadores á ciento cincuenta pasos de sus flancos, y sus tropas de sostén hallarse entre ellas y los flanqueadores. En el paso de un desfiladero, los flanqueadores entran en sus batallones.

En cuanto á la caballería, indicaré su marcha en el capítulo que concierne á esta arma.

Marcha en verano

Ordinariamente en las marchas de verano se hacía alto á las diez de la mañana y se ponían en marcha á las tres de la tarde. Creíase, que los hombres descansaban en estas cinco horas de descanso. El calor y sobre todo las moscas, impedían que los soldados descansaran. Así es que no hacían más que andar de aquí para allí, y por la noche, cuando llegaban al vivac, estaban tan cansados como si hubieran marchado todo el día. Más vale partir antes del día á fin de llegar á las once; de este modo se deja al soldado casi todo el día para descansar.

Dos ó tres leguas antes de llegar al vivac, si vuestra columna está cerca de una fuente ó de un riachuelo, haced que se surta de agua inmediatamente.

Sucede con frecuencia, en verano sobre todo, que aunque haya habido agua el año anterior en el sitio donde vais á acampar, no la halláis en el año siguiente. Otro tanto sucede con la leña: es muy esencial que cada hombre lleve bastante provisión durante la marcha; de este modo los soldados, á su llegada al vivac, pueden hacer el

rancho inmediatamente, y no pierden su tiempo en buscar leña, en lo cual emplean siempre mucho. Sin esta precaución, la columna podrá hallarse, como ha sucedido, sin agua y sin leña; entonces sin rancho y sin fuego, y si es en invierno puede dar lugar á muchos desastres.

Los hombres á quienes no se puede detener, burlan, durante la noche, la vigilancia de los centinelas, y van á buscar á otra parte agua y leña: á algunos les cuesta la cabeza. Los que vuelven están fatigados, y cuando al día siguiente la columna se pone en marcha, infinidad de hombres no pueden andar y os impiden que operéis. Este inconveniente puede obviarse de seguro haciendo que los zapadores abran una zanja en el sitio donde había agua el día anterior, y la cual siempre podrá hallarse á uno ó dos metros de profundidad.

A falta de leña ó de malezas en la superficie del terreno, se puede, profundizando el terreno hallar raíces que la suplan.

La privación de agua y leña es una de las más grandes que una columna tiene que soportar. Si al llegar al vivac el soldado vá mojado, todo lo olvida muy pronto delante de un buen fuego; porque la vista de las llamas alegra al soldado y cuando está de buen humor, se le puede exigir todo.

Instalación del Vivac

El Comandante de una columna debe poner la mayor atención en instalar bien su vivac: como sitio de reposo para los soldados fatigados por la marcha, es muy importante que sea buena y conveniente su elección. Es preciso, si es posible, que sea á la orilla de un río ó de un arroyo, pero debe tenerse cuidado de atrevesarlos á fin de que la tropa no se vea obligada á mojarse cuando se ponga en marcha al día siguiente. Así se evitan las heridas en los pies y muchas enfermedades.

En tiempo de paz como de guerra, se debe siempre acampar en un terreno cuadrado ó en un cuadrilongo. Todos los puestos que deben ocupar las tropas, serán designados de antemano, para que puedan, sin pérdida de tiempo, dirigirse á ellos.

Los he visto esperar horas enteras muchas veces, con la mochila al hombro, á que se les designasen los sitios; de suerte que muchas veces se veían sorprendidos por la noche, y los soldados no podían procurarse leña ni agua para hacer el rancho. Otras veces después de haber indicado el sitio, se les vuelve á quitar so pretexto de cambiarse la alineación; todo esto es enfadoso: vale más tener una mala alineación, que incomodar á los soldados. Después de dos ó tres

días semejantes, muchos hombres no se hallaban en estado de continuar una campaña vigorosa. Expediciones que habían costado mucho dinero, no han dado resultado alguno por haber descuidado estos sencillos pormenores. Para evitar tal inconveniente, el mejor modo de proceder es este: á una media legua antes de llegar al vivac se adelantará el Jefe de E. M. y examinará el sitio donde debe establecerse el campo, acompañado de todos los ayudantes mayores y de cuatro guías, que se colocarán del modo siguiente:

El del Comandante de la columna marcará la derecha del primer frente en dirección al camino que al otro día debe tomarse. Es muy esencial que toda la columna sepa desde la víspera, en qué dirección debe ponerse en marcha. ¡Cuantas veces, en tiempo nebuloso ó de lluvia, más oscuro aun por el terreno del vivac, hemos visto ponerse en marcha la cabeza de una columna y el resto, no sabiendo á que lado dirigirse, hacerse un remolino como un rebaño de carneros, y perder un tiempo precioso cansándose inutilmente, lo cual no hubiera sucedido, si desde la víspera la columna hubiese conocido su dirección!

Los otros tres guías deben ser colocados en los tres ángulos.

La caballería regular forma el primer frente. Si coloco la caballería en uno de los frentes del vivac, es porque he visto los inconvenientes que

hay en ponerla en lo interior del cuadro. En primer lugar ocupa de tal modo el terreno que por la noche no sabe como moverse en el vivac; los oficiales, los soldados y los caballos se hallan los unos encima de los otros; los cordajes de las riendas se cruzan y las entradas se hacen muy difíciles en la oscuridad. En fin, todo el mundo está incómodo. Lo peor aun es, que los caballos se sueltan y principian á galopar encima de los hombres que están dormidos. El ruido que hacen, induce á creer que el enemigo está en el campo.

¡Cuantas veces no hemos visto en noches borrascosas á infinidad de caballos que se han soltado, el campo permanecer despierto toda la noche, la ambulancia derribada, y heridos ó enfermos expuestos á nuevos sufrimientos! Es muy fácil evitar todas estas incomodidades, colocando la caballería en uno de los frentes del cuadro. Además, dejando libre el interior de nuestro campo, podéis dar el suficiente ensanche á vuestros movimientos en caso de que seáis atacados durante la noche.

La columna de la derecha forma el segundo frente, la de la izquierda el tercero, y en fin, la retaguardia forma el cuarto, salvo, sin embargo, las modificaciones necesarias en el caso de que la columna se componga de mayor número de batallones. El frente de la derecha y el de la izquierda colocan cada uno una compañía á diez pasos delante de la derecha y de la izquierda de la

primera fila de caballería. El centro de esta arma está guardado por el mismo.

Las tiendas de los oficiales deben estar á diez pasos á retaguardia de la tropa; el estado mayor general á cincuenta pasos, y delante del primer frente; los zapadores, entre el E. M. y el primer frente, la artillería á la derecha y á diez pasos del E. M; el tren de equipaje al lado opuesto de la artillería, la ambulancia, á treinta pasos á retaguardia del E. M.; la compañía sin mochila, entre la ambulancia y el E. M.; el gran convoy á cincuenta pasos á retaguardia de la ambulancia; la administración y los gomus detrás del convoy.

Todas las llamadas deben partir del cuartel general, é ir precedidas de tres llamadas pequeñas.

Sucede muchas veces, que apenas llegan los soldados al vivac, se alejan á una distancia muy larga, bien en busca de forraje, ó bien para buscar leña. Es muy esencial que estas obligaciones se hagan con el mayor orden; los hombres no deben jamás dejar el campo sin sus armas. ¡Cuantas veces no nos hemos visto obligados á volver á empezar las hostilidades para vengar asesinatos que, aunque aislados, no podían ni debían quedar impunes!

Es materialmente imposible ejercer una vigilancia entera, completa; las recomendaciones, las órdenes son inútiles, el mejor medio es esparcir por el campo el rumor de que uno ó muchos hombres han sido asesinados, sorprendidos por el

enemigo á mucha distancia del campo, teniendo cuidado de mandar spahis ó exploradores disfrados que harán disparos de pólvora sobre los aislados.

No tardaréis en tener el mejor resultado, libraréis así la vida de algunos hombres, y la necesidad de castigar tribus con frecuencia inocentes, porque la mayor parte de las veces, los culpables son merodeadores aislados, siempre en acecho para sorprender al soldado, y que desapareciendo sin dejar huellas, después de haber cometido el crimen, nadie los puede coger, porque no pertenecen casi nunca á las tribus sometidas, sino á las que, no habiéndose sometido aún, emplean este medio para haceros dudar de la buena fe de vuestros nuevos aliados, excitar vuestra desconfianza y haceros perder tiempo en pesquisas siempre infructuosas, y que la mayor parte de las veces os arrastran á castigar las tribus de cuya fidelidad sospecháis.

Es muy esencial que desde la instalación del vivac, el oficial de E. M. encargado de la topografía, se adelante una ó dos leguas para reconocer el camino que se tiene que recorrer al día siguiente, á fin de poder salvar los obstáculos desde el primer momento, si es aun bastante de día, ó al siguiente, antes de la partida, y que la columna no se detenga en el momento de dejar un vivac.

Colocación de las guardias y de los puestos de avanzada

Desde la víspera, se designa un oficial superior para que vaya colocando las guardias y puestos de avanzada.

En el momento que acampa la columna, una compañía de cada batallón se adelanta á ciento cincuenta pasos del frente de este cuya guardia forma. Los hombres de los puestos avanzados deben escogerse de estas mismas compañías. En este punto como en muchos otros, voy á hallarme en contradicción con la teoría y la táctica europeas; pero siempre me he referido á los resultados, y creo que frente al enemigo, es preciso servirse de sus astucias y batirle con sus mismas armas. Así, pues, coloco de noche mis avanzadas á seiscientos, ochocientos ó hasta mil pasos, si la configuración del terreno lo permite. Multiplico mis puestos avanzados, que ninguno de ellos exceda de cuatro hombres y un cabo. Si hay tiempo antes que llegue la noche, el oficial superior, acompañado de todos los cabos de los puestos avanzados, va examinando los puestos, senderos y posiciones que se hallan al rededor del vivac.

Les hará comprender bien, que llegada la

noche, es preciso que cada avanzada deje su posición del día para ocupar los senderos, parajes y posiciones que ha debido indicar. El Comandante no debe temer darles todas las noticias posibles; debe explicarles, con la mayor claridad, que están allí, no para ser abandonados según la expresión militar de centinelas perdidos, sino para seguridad del campo, que depende enteramente de su vigilancia. Llegada la noche, los comandantes de Compañías de los guardias mejores envían cada uno veinticinco hombres con un oficial á ciento cincuenta pasos de su compañía. Engañados así los árabes sobre los puntos que ocupan vuestros puestos, el enemigo ó los ladrones que no son menos temibles, intentan introducirse en vuestras líneas, procuran evitar los puestos que han visto durante el día, y se arrojan inevitablemente, como ha sucedido más de una vez, en los que acabáis de colocar.

Al despertar, los puestos avanzados deben unirse á las guardias mayores, y éstas entrar en la columna en el momento de la asamblea.

En las montañas, es preciso que todas las alturas que rodean al campo y que se hallan á lo menos á dos tiros de fusil, estén ocupadas por guardias de dos ó tres y hasta cuatro compañías, según la importancia que estas posiciones puedan tener para el campo. En este caso, preciso es no olvidar tampoco hacer guardar los valles que separan estas alturas. En esta situa-

ción no debe vivaquearse en cuadro, porque sería bastante difícil á causa del número de hombres que habéis enviado delante; pero se puede remediar, dejando grandes intervalos entre las compañías.

Voy á consignar aquí una estratagema, que nos ha sido en extremo útil, para tender lazos al enemigo en nuestros puestos avanzados.

Se toman cuatro cañones de fusil atados entre sí y puestos sobre una plancha de modo que una sola batería pueda hacerlos partir á la vez. Los cañones están cargados con muchas balas cortadas. Se colocan en los senderos más próximos á nuestros puestos avanzados, á unos doscientos pasos de distancia. Se ata á la batería un alambre que se fija en una estaca ó en un árbol, atravesando el sendero y los merodeadores enemigos vienen á tropezar necesariamente con este alambre; los tiros parten matando ó hiriendo á muchos y dan el alerta á las pequeñas avanzadas, al propio tiempo que el enemigo huye asustado, creyendo haber caído en una emboscada.

Preciso es tener cuidado de que llegue el alambre á la cintura de un hombre, porque si estuviese demasiado bajo, un chacal ó cualquiera bestia feroz podría tropezar con él y daros una falsa alarma. Estos lazos no deben prodigarse mucho: el Comandante de la columna debe hacerlos colocar é indicar á sus emisarios y exploradores los caminos que deben seguir para entrar

en el campo ó salir de él, á fin de que no sean víctimas de un lazo tendido al enemigo, como lo he tenido que deplorar muchas veces.

Las avanzadas deben estar á mucha distancia; por este medio, á la primera alerta los guardias tienen tiempo de tomar las armas, y la columna no se vé sorprendida nunca.

Es una imprudencia muy grande aproximarlas y tenerlas á la mano en cierto modo; una noche en el campo de los Teltuinet, provincia de Orán, los árabes, sin haber sido vistos á tiempo, forzaron tan bruscamente nuestras líneas y vinieron tan cerca de nosotros, que se vió el mariscal Bugeaud despertar él mismo á los soldados, ponerlos sobre las armas, y coger por los hombros á nuestros soldados de infantería medio dormidos y abrumados de cansancio. Después de aquel día, el Mariscal comprendió la utilidad de colocar las avanzadas á una gran distancia.

Semejante accidente, que podría ser un peligro, puede evitarse colocando avanzadas á mil pasos de los frentes del campo.

No se crea que estas avanzadas están expuestas á ser tomadas: los árabes han observado vuestro campo, vuestras guardias; pero como no conocen esta nueva disposición, vienen confiados y cuando se oyen los disparos de fusil, creen haber caído en una emboscada seria y retroceden; finalmente, ninguno de esos puestos ha sido tomado nunca. Los árabes conocen siempre la fuerza de

las guardias; saben que hallarán resistencia en ellas; pero desconfían, porque creen que es una fuerte emboscada, destinada á ponerlos entre dos fuegos. Estas avanzadas son inútiles durante el día, porque serían vistas, y podrían en este caso solamente correr el riesgo de ser destruídas; no deben, pues, colocarse sino durante la noche, y de día con centinelas de caballería que cubran las alturas.

Salida de una columna dejando el vivac

La diana debe tocarse una hora antes de amanecer: este es el instante en que los soldados acostumbran á comer el rancho (1). El botasillas un cuarto de hora después, y media hora después el botacarga. Este intervalo es muy necesario para dar á los soldados tiempo para limpiar, ensillar

(1) En casi todas las columnas se come el rancho antes de ponerse en camino; es un inconveniente: primero porque los cocineros se quedan despiertos toda la noche é impiden dormir á los que se encuentran á su lado; además, á la primera marcha los hombres tienen el estómago indispuesto. He intentado hacerlos comer por la tarde esta especie de rancho, cuya carne servía para el almuerzo del día siguiente antes de marchar. Mandaba hacer alto, que no debe ser menor de una hora, y los soldadas tomaban pan y café: con este régimen les iba mejor.

y recogerlo todo con cuidado, porque la mayor parte están aún dormidos.

Si los hombres están obligados á apresurarse se vé que los caballos ó caballerías se encuentran inutilizados con frecuencia después de algunas horas de marcha, y vienen á ser un gran obstáculo.

Las columnas han entrado sin poder llenar su misión, porque tienen demasiadas caballerías lastimadas, lo cual no habría sucedido ciertamente si se hubiese dejado á los soldados el tiempo necesario para ensillar y arreglarlo todo perfectamente. Un sargento de cada cuerpo, designado para toda la compañía, está encargado de cuidar y vigilar los bagajes, y hacerlos marchar en orden. Al toque de asamblea, este sargento hacer que se unan al convoy los bagajes de que va encargado, y los coloca en su orden de marcha. Media hora después del botacarga, la columna se pone en movimiento. Quinientos ó seiscientos pasos después de la salida del vivac, debe detenerse, para dar á cada tropa el tiempo de tomar su distancia en orden de marcha y hacer reunir á los que se han retrasado. En el artículo de las marchas de noche, hablaré del caso en que hay que ponerse en camino antes de amanecer.

A datar de esta primera salida, es preciso que la columna no reciba ninguna contraorden, y que su marcha esté arreglada perfectamente. Debe hacerse alto á cada hora de marcha, du-

rante el invierno á causa del terreno fangoso, y en el verano á causa del calor. Cuando los hombres marchen sin mochila la columna ha de hacer alto cada hora y media. No debe darse la señal de mochila á la espalda y marcha, sino cinco minutos después que la retaguardia ha hecho la señal de alto.

Cuando las tres medias llamadas han sonado en el E. M, todos los cuerpos deben batir marcha simultaneamente á fin de que toda la columna parta como un solo hombre. El menor atraso desarregla la distancia entre los batallones y los hombres se ven obligados á tomar el paso apresurado para volver á ganar el terreno; hé ahí las fatigas inútiles que siempre ha de procurarse evitar.

En campaña no hay cosas nimias; lo que parece fútil ó poco importante, es muchas veces causa de obstáculos y de atrasos, y el Comandante de la columna no debe descuidar ninguna de estas precauciones.

Marcha sin mochila para la infantería, y con la caballería unida

Es siempre difícil, y diré hasta penoso el entretener al lector con fatigas y trabajos propios.

Pero, como lo que se ha llevado á cabo como Jefe, no ha sido sino con el concurso de bravos soldados, que, sin cansarse jamás, han soportado marchas inauditas diré que, en 1846, he hecho la campaña durante nueve meses, sin obstáculos de ninguna clase: con 4,500 hombres he andado trescientas treinta y dos leguas en el espacio de treinta y dos días, y cuando mi columna regresó estaba tan aguerrida y llena de tal ardor, que le bastaron algunos días de reposo para volver á campaña inmediatamente.

Si estas rápidas marchas, han dado siempre buen resultado, se debe ha haber decidido al fin que el soldado marche siempre sin mochila, cosa que no se había intentado nunca en nuestros días. Los generales que han adoptado este sistema, se han admirado grandemente de los notables resultados que obtenían; lo mismo ha sucedido con la caballería cuando nuestros cazadores no han llevado más que sus armas.

Con el soldado sin mochila, y no teniendo el de caballería más que su sable y su carabina, podéis intentarlo todo y obtener cuanto queráis. Solamente es preciso que no sea por un solo día, ó para un golpe de mano. Debe ser durante una campaña.

Muchos oficiales distinguidos han mirado este sistema como impracticable, y sin embargo, en casi todas mis expediciones me ha salido bien.

Se ha criticado mucho el sistema del Coronel

Carbuena, que consistía en emplear los camellos como medios de trasportes en una columna. En cuanto á mí, sólo con ayuda de este medio he podido sostener durante tanto tiempo la campaña en todas estaciones, cuidar á mis soldados, y en el momento oportuno reclamar el concurso de todas mis fuerzas. Si este sistema no ha ido bien á las otras columnas no sé á que atribuir este mal éxito; pero personalmente he obtenido siembre los mejores resultados. Por último, no es nuevo; porque en la campaña de Siria el General Bonaparte con cerca de 15,000 hombres, no empleó otro medio de trasporte para pasar el desierto del Kairo á San Juan de Acre.

Hé aquí, según mi propia experiencia, el modo mejor de ser útil.

Una columna no se pone nunca en campaña sino para reprimir ó castigar las tribus rebeldes; es, pues, muy importante que el Comandante se dedique de un modo especial á organizar sus medios de trasporte desde la primera cazzia. Si la tribu arrasada no posee camellos, preciso es que cambie los rebaños cogidos con las tribus aliadas que los posean, á no ser que dé á estas ventajas muy grandes. Es la primera cosa y la más importante que hay que hacer, si se quiere tener buen resultado para el resto de la campaña.

Se deben asignar á cada compañía de cien hombres diez camellos que lleven cada uno diez bar-

juletas; tres camelleros árabes bastan para conducirlos.

Al toque de diana, los camelleros los llevan á veinticinco pasos de la compañía respectiva: en este momento los soldados atan sus sacos todos juntos de modo que formen dos cargas reunidas equilibrándose una con otra.

Al botacarga, los camelleros vienen á tomar las mochilas y las cargan. Es muy esencial que el soldado no se acerque á los camellos; porque el pantalón encarnado y los gritos que los soldados dan al verlos, á pesar de la más formal prohibición, los asustan hasta el punto que es imposible detenerlos, y siembran el desórden en la columna. Este es el único inconveniente que ha hecho renunciar á su empleo; pero, puesto que este modo de trasporte siempre me ha salido bien, debe pasar lo propio á cada Comandante de columna: basta tomar las fáciles y bien sencillas precauciones que he indicado. Preciso es, sobre todo, que los mismos camelleros estén agregados á las mismas compañías. Cuando lleguen al vivac, la operación debe ser idéntica.

Obrando de este modo se verá que los camellos prestan al ejército inmensos servicios: en efecto, es el único medio de hacer uua campaña larga, puesto que ofrecen el solo sistema de trasporte posible. Si se emplean caballerías, es preciso principiar empezar por cargarlas con sus propios víveres, que son ya una carga pesada, mientras

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

que con el camello no hay necesidad de ocuparse de sus víveres, porque se alimenta al mismo tiempo que marcha. Muchas veces nos hemos visto en la imposibilidad de hacer una campaña larga por la poca facilidad que teníamos en procurarnos medios de trasportes, sin contar las sumas enormes que costaban al Estado. Con el empleo de camellos, se resuelven dos problemas: el primero es, tener una caballería aligerada, perfectamente móvil, poco cansada, y que desde luego puede hacer una campaña larga en todas estaciones; el segundo es, que este método de trasportes es poco dispendioso.

No se me objete que las montañas son impracticables para los camellos; en las montañas nunca se hace una expedición larga sino únicamente una correría, en la que se emplean todo lo más quince días, volviendo luego á unirse al grueso de la columna; añadiremos, además, que durante la buena estación, los camellos me han servido perfectamente en algunas montañas.

Preciso es también organizar inmediatamente un convoy de cien camellos que llevará cada uno dos odres de la capacidad de medio hectólitro; ahora bien; diez mil litros de agua son generalmente de la mayor importancia en una columna de Africa. Con este recurso podéis ocultar á los árabes vuestros movimientos, evitar, en un momento dado, acampar cerca de los arroyos, fuentes ó pozos, lo que de otro mo-

do sería indispensable, y así dais una gran probabilidad de sorprender al enemigo, que no puede suponer que os habéis alejado del agua, siempre necesaria al hombre y al caballo, y que os atrevéis á acampar en el país del aattach.

Puede suceder que se vea privado de medios de trasporte y que se quiera castigar á una tribu, de que os separan doce ó quince leguas; indico aquí el medio que siempre me ha salido bien. Debe tomarse toda la caballería disponible y un batallón sin mochila y emboscarlos, una hora antes de la salida del grueso de la columna, muy cerca del campo, para ocultar un movimiento á los árabes. A eso de las cuatro ó las cinco de la tarde, una columna se pondrá en marcha en una dirección opuesta á la que debe tomar la columna emboscada; los árabes que no han tenido tiempo de reconocer esta maniobra, creen que vuestra columna ha perdido sus huellas y trata de buscarlas en otra dirección: llenos de seguridad, vuelven á ganar sus tiendas sin cuidarse de la noche.

Llegada ésta, os ponéis en movimiento con vuestra columna ligera; cada soldado lleva consigo sesenta cartuchos, y un fusil cargado con dos balas, y además seis balas de reserva para poder tirar á lo menos seis disparos de á dos balas. Los cartuchos que no quepan en la cartuchera, deben envolverse en un hule, y colocarse en el morral, plegado perfectamente; en el que se pondrán, además, seis galletas y carne cocida

para tres días. El grueso de la columna que ha debido detenerse al anochecer toma dos horas antes de amanecer la dirección de la tropa ligera (1).

Es muy raro que un golpe de mano intentado, de este modo, no salga bien si se ejecuta con rapidez. Sin embargo, si al amanecer el enemigo se halla á más de cuatro leguas de distancia, estad cierto de que ha sido avisado: en este caso, debe hacerse alto, porque no hay que esperar alcanzarle; continuando la marcha, se expondría á pasar dos noches lejos de la columna principal, sin obtener ningún resultado.

Preciso es entonces tomar un partido, esperar mejor ocasión, establecer el vivac de modo que no falte ni agua ni leña, y conceder á los soldados tres ó cuatro días de reposo.

Digo estos días de reposo porque si el soldado olvida sus fatigas y vuelve á hallar toda su mejoría moral para ejecutar un golpe de mano, se cansa nuevamente, si le falta el objeto de la expedición.

(1) Puede suceder que, no presentando el terreno ningún accidente, despejado de árboles, en una palabra, desnudo, la falta de trasporte se oponga á que podáis formar una columna ligera: en este caso, toda la columna se pone en marcha tres horas antes de anochecer, teniendo cuidado de seguir una dirección opuesta á la que debe de seguir de noche; no tarda en acampar, enciende grandes fogatas de vivac para hacer creer en su presencia, después levanta el campo, describiendo un semicírculo, y trata entonces de poder sorprender á las tribus enemigas.

Si se marcha con una columna sin mochila y se hallan las huellas del enemigo, es imposible que un Comandante de columna no lleve á efecto una razzia: nuestros soldados marchan sin mochila mucho más deprisa que los árabes; nuestros hombres, nuestros caballos, van muy poco cargados, porque un soldado no debe nunca considerarse cargado porque lleve sus armas: los árabes, al contrario, llevan consigo los ancianos, las mujeres, los niños é inmensos rebaños (1).

El Comandante de una columna debe tener la mayor sangre fría en el momento que voy á indicar.

Una tribu que se ve atacada ocupa siempre mucho espacio; á la vista de nuestros soldados, emplean los árabes una estratagema de que hemos sido víctimas muchas veces; la mayor parte de su caballería, con las banderas al frente, comienza el fuego, teniendo mucho cuidado de colocarse del lado opuesto al que debe seguir la tribu. Los más brillantes, los más bravos de sus ginetes se entregan á una verdadera fantasía y se quedan á alguna distancia: al ver esto los soldados, se exaltan, gritando, ¡al enemigo! ¡á las banderas! Y

(1) En el mes de abril de 1846 un batallón de zuavos, mandado por el Jefe de batallón d' Epinarse, anduvo veintidos leguas en veintiseis horas persiguiendo á Abd-el Kader. Al otro día, después de haber descansado una noche, el batallón se puso en marcha con el mismo ardor.

parten al galope, llevando consigo á la infantería que los sigue á paso de carga.

Preciso es que en ese momento, el Comandante no se deje llevar de ese entusiasmo; por que no se puede esperar atacar en una carga á esos ginetes, aunque estén á tiro de carabina; no quieren empeñar el combate, sino solamente atraeros á ellos, para separaros de las huellas de la tribu, que, durante este tiempo, gana terreno. Podéis continuar persiguiéndolos y estad cierto de que no podréis darles alcance, por que cuando los soldados y la caballería están extenuados, ya no veréis un árabe en el horizonte...

La tribu ha tomado una delantera enorme, no debe pensarse ya en alcanzarla. Vuestro golpe de mano ha sido en balde ó en vago. ¡Cuántas columnas han sido blanco de estas estratagemas y han entrado después de una larga y penosa campaña sin obtener resultado alguno!

Respecto á ésto hemos sido incorregibles durante muchos años y por este medio Abd-el Kader ha salvado muchas veces su Smala.

Cuando se siguen las huellas de los árabes, si estas huellas se llegan á divisar, no debe seguirse nunca la indicada por los caballos en su marcha, sino la de la tribu, que es fácil de reconocer: gracias á las huellas dejadas por el paso de los rebaños, es imposible engañarse.

Si los árabes quieren aceptar el combate, es inútil perseguirlos, salen á vuestro encuentro; en cuanto á su caballería no la alcanzamos jamás.

Cualquier Jefe de columna, que obre de otro modo, pierde no sólo el tiempo casi siempre preciso, sino que también cansa inútilmente á la infantería y caballería.

Reconocimientos

En Africa, las teorías de Europa no son aplicables en el reconocimiento de las posiciones del enemigo; en presencia de un adversario casi invisible, que tiene para él el conocimiento del país, ha sucedido muchas veces que se le ha hecho reconocer por un escuadrón sostenido por uno ó dos batallones, absolutamente como si se tratase de ejércitos regulares, que arrastran consigo cuanto necesitan en una guerra europea; no es más que un error, una falta.

¿Qué se piensa reconocer? ¿El campo del enemigo? pero con una tropa tan móvil, el campo está en todas partes y en ninguna. Los árabes tienen siempre cuidado de acampar á una gran distancia y en sitios difíciles, donde casi es imposible descubrirlos, si no se emplean exclusivamente exploradores árabes. Un enemigo invisible vela siempre á vuestro alrededor: hacéis salir un escuadrón: si se aleja y se halla aislado, la masa enemiga que ha sido advertida, se precipita á su

encuentro, y le atrae á la fuerza, por lo que obliga á hacer tomar las armas á la columna para librarlo: desde luego ha tenido lugar un combate; ¿y con qué objeto? ¿cuál ha sido su utilidad? Si se quiere empeñar un encuentro vale más empeñarlo con toda la gente, y dispensarse de un reconocimiento, al menos inútil, cuando la pérdida de hombres no lo hace sensible.

A las estratagemas de los árabes, es preciso oponer siempre las propias: oficiales de infantería, sobre todo de caballería, todos deben dejar sobre sus bibliotecas las grandes obras que tratan del arte de la guerra en Europa; aquí sólo se debe tener en cuenta el terreno y procurar conocer al enemigo: todo oficial inteligente aprenderá más en una campaña, que en todas las maniobras de guarnición y en todos los libros posibles.

El Comandante de la columna debe tener sin cesar, al lado de su tienda y á su disposición, á sus exploradores: como ningún intermediario puede existir entre ellos y él, deben poder hacerle sus relaciones á cada instante. Estos ginetes tendrán mucho cuidado de disfrazarse, es decir de tomar el albornoz que llevan en el país, negros, blancos ó rayados.

Se trata de un reconocimiento, el general debe enviar de día ó de noche, á pie ó á caballo, según las circunstancias, cuatro ó cinco espías que tomen diferentes direcciones; y como éstos son inteligentes, astutos, listos y naturales del país

darán noticias más exactas que las que adquirirían todos vuestros escuadrones. Podrá suceder que teniendo que trasmitir un dato importante no lo hagan por que sea imposible que lleguen al campamento por encontrarse demasiado distantes, ó por que haya llegado la noche encima; en este caso, que debe haberse previsto, enciéndanse en la cima de un monte cierto número de fuegos, los que se verán por la noche á causa de la llama, y durante el día por el humo; estos fuegos, conforme se haya convenido, indicarán tal ó cual cosa, según su mayor ó menor número y servirán en cierto modo de enlace telegráfico. Por este medio enseñé á mis exploradores unas cuarenta palabras, casi siempre bastantes para suministrar datos suficientes sobre la posición y los movimientos de los enemigos, por ejemplo:

Para traducir por medio de esta especie de telégrafo las noticias que los exploradores puedan trasmitir, se conviene con ellos el significado de un número determinado de fuegos que arden en un puesto dado. En el momento designado, los que hagan el reconocimiento encenderán un fuego detrás de unos haces de que se hallan provistos, y que sirvan para ocultar la llama: hecho esto, retirarán los haces para que se vea la llama el número de veces correspondiente á la noticia que deben comunicar.

Este sistema es preferible, por su sencillez, al de una multitud de fuegos que podría ocasionar confusión en vuestra correspondencia.

En los momentos difíciles, cuando nada se puede averiguar del enemigo, es preciso emplear grandes recursos. Hágase desertar á varios de estos espías, que se lleven consigo; si preciso fuese, algunos caballos; así se conseguirá engañar al enemigo; pero es esencial que vuestra columna, y sobre todo que vuestros aliados árabes crean que han desertado de verdad.

Por este medio, en la campaña de Isly, sabía siempre el general lo que pasaba en el ejército marroquí: le referían todo con exactitud, no sólo los movimientos del enemigo, sus fuerzas, las posiciones que debía ocupar y, hasta lo que parece increíble, á pesar de ser histórico, las conversaciones habidas en la tienda de campaña del Gobernador (1).

Si se quiere ejecutar un ataque de noche, vuestros exploradores saben muy bien colocarse entre vosotros y el enemigo; se comunican unos á otros sus noticias, y estaréis siempre bien instruídos; los árabes se mueven como los perros de caza,

(1) Después de la batalla de Isly, el mariscal Bugeaud se encontraba muy inquieto por carecer de noticias acerca de los movimientos de Abd-el Kader: temía que pasase á la parte del Este para sublevarla. Yo dispuse que se disfrazara de marroquíes un escuadrón de spahis y avanzando 8 ó 10 leguas de la columna, tuve la suerte de hacer prisioneros á seis caballos de los principales del emir: los datos que me suministraron disiparon los temores de Bugeaud y le permitieron continuar sus operaciones contra Marruecos.

vuestros spahis levantan esta caza y así se evitan muchas fatigas inútiles.

Muchas veces para operar movimientos hace falta gente del país; es menester un prisionero á toda costa. Tres horas antes de la salida de vuestra columna se hacen adelantar todos vuestros hombres, que al rayar el día y en el momento que pasa la retaguardia, romperán el fuego contra ella, al ruido de los disparos, los verdaderos enemigos no tardan en unirse á ellos, con tanto más audacia, cuanto que los que disparan están prevenidos de tirar al aire. Este combate dura poco, pues los exploradores no tardan mucho en hacer prisioneros. Esta astucia, que parecerá peligrosa para nuestros soldados, que reciben el fuego sin responder, nos ha sido de la mayor utilidad en la campaña de Mascasa, al mando del general Lamorcier, contra los Hachssos, de los que nadie había podido apoderarse hasta entonces. Con el mismo éxito favorable la he empleado favorablemente en la campaña de Marruecos.

En una expedición, puede faltar la cebada (el alma de la campaña, según la expresión pintoresca del soldado). La caballería no puede marchar, es preciso volver atrás, pues los graneros de las tribus están vacíos; más esto es sólo en la apariencia, no debiéndose olvidar que los hay llamados *barani*, cuya situación sólo conocen los tanimars (guardadores).

Estos hombres que no abandonan nunca los

graneros son invisibles. Durante la noche, es menester enviar vuestros exploradores á donde estén situados los graneros. Allí platican, se cuentan sus proyectos de ataques, los que difieren únicamente en el modo de ejecutarlos. El tanimars, que escucha con avidez, sale de su escondite y se une á vuestros exploradores que se apresuran á estrangularlo, y entonces se dispondrá á enseñar los graneros. Desgraciadamente se encuentran vacíos; pero no hay que sufrir engaño: esta clase de graneros contienen varios sobrepuestos, y sondeando con la bayoneta del fusil, se hallará la cebada tan indispensable, que sin ella habría de renunciarse á la campaña: este caso se ha presentado con frecuencia.

Lo vuelvo á repetir, á la astucia de los árabes hay que oponer las mismas astucias; en esta guerra especial, todos los medios son excepcionales. La teoría más sabia para nada sirve, la práctica es todo. Esto lo había comprendido el general Bugeaud, que había sabido convertir la guerra de Africa en una ciencia aparte, de la que fué maestro y en la que no tuvo rival.

Deberes del comandante de caballería

El modo de emplear la caballería en Africa no es igual que en Europa. Los árabes no tie-

nen baterías que asaltar, líneas de infantería que romper, ni cuadros que derrotar. Jamás se hacen las cargas formadas en líneas, y sólo en Isly tuvieron los cazadores y spahis fuego de cañones que apagar, y encontraron una infantería que trató de resistir á pie firme y ginetes marroquíes que se precipitaron á su encuentro al galope.

Este episodio completamente aislado y sin precedente, será probablemente el único en esta guerra. Las cargas contra los árabes deben hacerse á manera de forrajeadores, y así el Comandante de la caballería debe tener una banderita muy distinta de la de sus escuadrones, y cada uno de estos debe llevarla con colores distintos.

Estas banderas, no sólo son de grande utilidad, sino indispensables; pues estando los jinetes siempre separados, la banderita, que no debe abandonar el Capitán, les servirá de punto de reunión.

Concluída una carga, la caballería debe montar á caballo y ponerse en camino al oir la trompeta de asambleas, para que si hay un paso difícil á corta distancia del campamento, tenga tiempo de atravesarlo y no cause demora á la marcha de la columna.

Siempre que lo permita el terreno, la caballería debe marchar en pelotones. Este orden hace las formaciones más prontas y más faciles y no debe estrecharse como sucede á menudo en Africa, para que marche en el centro de la columna, arre-

glando el paso de los caballos al de los infantes, pues de otro modo pronto se cansan los hombres y caballos, y la marcha general de la columna se hace pesada.

Si aquella no camina aisladamente, libre en sus movimientos, sucederá casi siempre, que no llegará con rapidez al sitio del ataque, y á menudo, no pudiéndose salir del centro de la columna, el enemigo tendrá tiempo para alejarse: así las cargas no darán más resultados que los de fatigar á los hombres y caballos.

Caminando junta con la infantería, ésta sufrirá continuamente con su proximidad; en el verano el polvo que levantan los caballos incomoda mucho, y en el invierno remojan el terreno, hunden los caminos y el pobre infante se encuentra pronto en un río de lodo.

Finalmente, en los pasos estrechos, que abundan, los jinetes tienen que atravesarlos aisladamente, lo que obliga á suspender la marcha de la columna: las filas se mezclan, se confunden y se origina confusión; entretanto, los que iban delante, han avanzado mucho, y el soldado, ya sobrecargado, está obligado á correr sopena de atrasarse enormemente.

Así, siento como principio absoluto que la caballería debe marchar aisladamente, pero siempre á la vista del Comandante de la columna y que pueda oir sus trompetas: sólo admito una excepción, y es cuando hay que pasar una angos-

tura, teniendo un enemigo temible: entonces su sitio debe estar en el centro de la columna.

Caminando libre la batería, hará servicios importantes, por ejemplo, citaré un caso frecuente: si acompañan á una columna regimientos recién llegados al país, desde los primeros momentos se atrasan muchos soldados; agobiados por el calor, sin haber tenido tiempo para aclimatarse, y sin la excitación causada por la presencia del enemigo que se aleja continuamente, los hombres se separan, sea para buscar agua ó sombra; sin embargo, la marcha continua, y si se descuidan, faltarán á la llamada de la tarde, pues los árabes los siguen como los buitres á su presa.

En estas circunstancias, el Jefe de la caballería cuidará de dejar en la extremidad de la retaguardia uno ó dos escuadrones que enviarán de forrajeadores un pelotón encargado de batir las malezas y de levantar á los infantes que hayan sucumbido al sueño ó al cansancio. Los ginetes tomarán las mochilas y los fusiles de los rezagados y harán que monten estos hombres á caballo para poder unirse al convoy en la primera parada. De este modo se evitará la pérdida de soldados jóvenes, que cuando pasan las primeras fatigas no se saldrán de sus filas y no tardarán en rivalizar con los antiguos.

Hay que evitar, siempre que se pueda, que la caballeria marche al lado de la columna; y si no es posible, se colocará respecto al viento de modo

que el polvo no incomode á la infantería. Lo mejor es que esté separada trescientos metros de la columna, que debe evitar atravesarla; si se presenta un río, deberá buscar un vado hacia abajo, para que los infantes puedan llenar sus cantimploras.

En las paradas debe cuidar el Comandante que se adelanten unos cien pasos spahis, que casi siempre cogerán algunos árabes enemigos, y de ese modo se obtendrán datos muy útiles. Cuando la trompeta toque á parada, cada comandante de escuadrón mandará apearse así que esté formado el que siga; es inútil aguardar á que llegue el todo del regimiento. Como no hay seguridad que se encuentre siempre forraje en el vivac, hay que mandar quitar las bridas y dar pienso á los caballos en cada parada; esta precaución es muy prudente, se entiende que por turno, un batallón estará listo para cualquier evento.

Así que el Jefe de la caballería posea datos, debe dar aviso al Comandante de la columna, pues sucede á menudo que lo que parece sin importancia, lo aprecia el General de un modo diferente, y puede tener influencia sobre la marcha de la columna, y hacer variar su dirección.

Una cualidad indispensable para el Jefe de la caballería, es poseer una gran imparcialidad; no debe mirar como rivales á los spahis y cazadores; cada cuerpo tiene su especialidad, los spahis

son la caballería ligera y los cazadores la caballería de reserva. Los spahis deben marchar siempre á la cabeza de los escuadrones; es menester cuidar que se destinen siempre los mismos hombres de descubierta ó descubridores.

Digo los mismos, porque el Jefe debe escoger unos cincuenta jinetes de los mejores cubiertos con un disfraz, estar convenido con ellos en ciertas señales, hechas por medio de albornoces, y que tienen por objeto anunciar la presencia del enemigo, su fuerza, la de las tribus y el número de rebaños.

Desde el momento que uno de estos spahis, se ha enterado de alguna cosa, procura descubrir la columna, para hacer la señal convenida. Si son tribus ó rebaños, los spahis deben partir inmediatamente, y los cazadores quedar de reserva para una acción más seria. Si los exploradores han reconocido la presencia de un enemigo muy numeroso, el Jefe de la caballería formará ésta en columna cerrada, avisará al Comandante y continuará marchando al paso, porque si el enemigo tiene intención de combatir ó espera, viene á buscaros; es inútil, pues fatigar los caballos para acercarse á él.

Recomiendo este hecho á todo comandante de caballería, porque he visto muchas veces á nuestros jinetes llevados por su ardor, partir al trote y luego al galope; el enemigo se retiraba lentamente, fatigaba nuestra caballería y no era

alcanzado más que por los oficiales y algunos pocos cazadores de los mejor montados. Sucedía entonces que los árabes estaban en gran número, volvían y cojían á nuestros bravos, pero imprudentes, jinetes; hemos tenido muchas veces que deplorar á alguno de los nuestros, víctima de su valor.

En casos semejantes es preciso no emplear toda la caballería, sino conservar una tercera parte para formar una reserva; porque si el enemigo es poco peligroso en una carga avanzando, no es lo mismo desde el momento que nos ponemos en la necesidad de retirarnos; los árabes son tan encarnizados entonces como poco resistentes han sido al primer choque.

Si en el momento de una carga dada vigorosamente, la caballería encuentra, bien un río, bien un terreno difícil, es preciso que la cabeza de la columna no se deje arrastrar después de haberlo pasado; es preciso que se espere la reunión de tres ó cuatro escuadrones; nosotros hemos experimentado muchas veces pérdidas inútiles por haber obrado de otro modo.

Los árabes saben muy bien aprovecharse de la menor de nuestras faltas. Generalmente dirigen todos sus esfuerzos sobre la retaguardia de la columna. En marcha se ve ésta obligada á cada instante á tomar la ofensiva, lo que ocasiona necesariamente separaciones entre aquella y la columna. Esta recibe cargas, se ve obligada á mantenerse

á la defensiva y alguna vez se ha visto en la dura necesidad de abandonar sus heridos. Para evitar estos inconvenientes, es preciso que á la vuelta de un combate, la caballería se coloque entre la reserva y la retaguardia y la izquierda de la columna, excepto en los pasos difíciles en que se coloca detrás del convoy: un escuadrón debe siempre dejarse detrás para proteger la recogida de los muertos y heridos. Algunas cargas de este escuadrón hechas oportunamente, bastan para poner respeto al enemigo.

La caballería no debe en ningún caso quedar solà á retaguardia: se debe prohibir á los jinetes que se mezclen con los tiradores para hacer fuego con sus carabinas; porque no da otro resultado que correr el riesgo de perder hombres y hacer matar ó herir los caballos sin utilidad alguna.

Muchas veces, también, los jinetes se dejan llevar por el entusiasmo y dan cargas aisladas: su jefe tiene la obligación entonces de sacarlos del mal paso en que imprudentemente se han metido. Estos incidentes son siempre molestos para la columna, y hacen perder mucho tiempo.

Si los árabes atacan los flancos, hacedlos desembarazar por uno ó dos escuadrones. Pero lo repito, es sólo la retaguardia la que sufre violentos ataques; allí es donde debe fijar la atención el jefe de la caballería, y aplicar toda su aptitud y conocimientos militares.

Cuando los tiradores caen muertos ó heridos,

haced salir (inmediatamente) un escuadrón que se colocará al momento delante de los tiradores, para dar tiempo de retirar los heridos, como ya tendré tiempo de explanar cuando indique los deberes del Comandante de la retaguardia.

Cuando se llega á algunas leguas del vivac, y la columna se ha retrasado, bien por las fatigas consiguientes á una larga marcha, bien por un combate, el jefe de la caballería hará tomar todas las cantimploras de la infantería, los jinetes irán á llevarlas luego á la gente de á pie, lo que será para ellos un recurso precioso, porque todo el mundo sabe que la sed es el enemigo más cruel que tenemos en Africa.

Esta precaución no debe descuidarse nunca, sobre todo en estío.

Antes de instalarse en el vivac, la caballería debe ir á dar agua y forraje á los caballos. Es necesario exigir que sean trabados como los de los árabes.

La mayor parte de los jinetes recién venidos al país tienen la mala costumbre de hacer beber á los caballos siempre que encuentran agua; debe impedirse ésto absolutamente.

Es una regla admitida y que yo encuentro, no solamente mala, sino deplorable, la de desensillar los caballos á su llegada, haciéndolos en seguida frotar con paja, ó bien una hora después, si los caballos no tienen demasiado calor.

El sistema que consiste en desensillar una hora

después de la llegada no vale nada tampoco: la marcha se hace al paso, ¿pero cuántos caballos no se ven cubiertos de sudor por haber sido atormentados por sus jinetes? Si los desensilláis, al día siguiente los veréis heridos, y será un embarazo para la columna.

No admito ninguno de estos métodos. Si hacéis desensillar en seguida, no obtendréis jamás hombres que restrieguen bien los caballos para secarlos completamente, y la razón es muy sercilla, en primer lugar no tienen lo que se necesita, y después desde su llegada al vivac su principal deseo es el de descansar.

Es muy difícil establecer categorías, por lo que yo creo que el mejor sistema consiste en no desensillar los caballos sino tres horas después de haber sido atados á las estacas. Yo he obrado siempre así, lo que me ha salido perfectamente.

Se me hará la objeción que los caballos estando mucho tiempo ensillados pueden echarse, romper los arzones, aplastar las sillas; pero esto es un error: los caballos atados según el método árabe, no se echan sino rara vez, y además los vigilantes de las cuadras están allí para cuidarlos.

Yo creo no hay proporción ninguna, entre este inconveniente, tan fácil de evitar, y los de los otros métodos seguidos hasta aquí.

Al dejar su guarnición, todo jinete debe llevar consigo dos pares de herraduras y cuatro juegos de clavos.

De la limpia y cuidado de los caballos

Algunos comandantes de caballería exigen que se limpien los caballos todos los días: es un error radical. En efecto, gracias á las revistas diarias y á las constantes limpiezas, los caballos se mueren de hambre.

La primera condición para que un caballo esté bueno y haga buen servicio, es que esté bien mantenido. La limpieza, es sin duda, cosa muy útil para la salud del caballo; pero en expediciones, en las cuales el trigo, la cebada ó la yerba, son siempre raras, vale más que los soldados empléen su tiempo en procurárselo, que en pasar revistas ó en limpiar sus caballos.

En mi opinión, que es el resultado de una larga experiencia, creo que dos limpiezas por semana bastan, y que sólo cuando se permanece en algún punto, es cuando debe dedicarse á las revistas. Muy rara vez limpiarán los árabes sus caballos: en verano se contentan con lavarlos, y sin embargo, están en muy buen estado. En Africa nuestra caballería está montada en caballos del país: ¿por qué no cuidarlos como hacen los árabes mismos, y querer establecer innovaciones en el sistema de limpieza?

Paso de ríos

Ya he dicho que la caballería debía, en cuanto sea posible, marchar por secciones; á la orilla de un vado cada jinete debe buscar su paso; se evita así la desfilada que lleva consigo dos inconvenientes: el primero retardar el paso, el segundo obligar á los jinetes el ponerse al trote para reunirse á su puesto.

¿No hemos visto muchas veces un goum numeroso llegar á la orilla de un río al mismo tiempo que algunos escuadrones de cazadores? El goum estaba ya en la orilla opuesta, y apenas habían empezado el movimiento las primeras secciones de nuestra caballería.

Los árabes, y esto se ha dicho hace mucho tiempo, son los primeros jinetes del mundo, si se entiende por esto el saber exigir y obtener todo de un caballo; para ellos casi nunca hay obstáculos; pues bien, puesto que tenemos sus caballos, tomemos de ellos cuanto sea bueno.

Cuando un jinete llega á un vado, debe mirar al frente por si descubre alguna vereda en la orilla opuesta; en este caso puede seguir con toda confianza. Recomiendo muy particularmente esta

observación, porque sucede á menudo que, al llegar á la orilla de un río siguiendo un camino, se encuentra uno en alveo que no tiene vado: los caballos son arrastrados por la corriente y se estancan en el (barro) fango. Esto causa pérdidas de hombres y caballos; siempre de tiempo. El error provenía de que el sendero no servía sino para llevar á beber los ganados; el vado estaba más lejos.

Esta observación es muy importante, sobre todo en Africa, donde el alveo de los ríos y torrentes es muy variable.

De las cargas

En una carga, en Europa, el jefe de la caballería está constantemente al frente de sus escuadrones; en Africa debe sólo dar el primer impulso, y dado ya el movimiento, dejarla continuar, y dirigirse con su banderín y uno ó dos escuadrones de reserva, á un punto culminante, desde donde pueda seguir todos los movimientos de sus soldados, apreciar las peripecias de la persecución, y hacer que se le reunan, ó socorrer á los soldados que no puedan continuarla; porque con poquísimas excepciones, el enemigo no hace frente; la carga se convierte en una persecución,

una especie de carrera de caballos, y deja una gran distancia entre la cabeza y la cola de vuestra (columna) caballería: las partidas enemigas que se han dispersado á derecha é izquierda caen enseguida á vuestra espalda y matan á vuestros jinetes que se encuentran aislados. El deber de un comandante de caballería, es enviar desde luego refuerzo á todos los puntos amenazados.

Entonces el enemigo que ve una tropa fresca, titubea, retrocede, y si no se ha alcanzado una gran ventaja, no se tiene el pesar de una pérdida inútil en hombres y caballos.

Los soldados, que, á pesar de su energía, no habían podido seguir la carga, y se encontraban expuestos á ser sorprendidos y prisioneros vuelven á animarse, y se puede contar tanto más con ellos, cuanto confían más en su jefe.

Esta maniobra debe ejercitarse por todo jefe, mande muchos escuadrones ó sólo algunos hombres.

Ya lo he dicho, las cargas de caballería en Africa en persecución del enemigo, tienen un carácter especial que arrastra irresistiblemente (al enemigo) á los individuos. Los obstáculos no son nada, los desfiladeros poca cosa; por doquier que un soldado de infantería puede abrirse camino, el jinete hace pasar su caballo. Así sucede, con frecuencia, que las precauciones se extienden á siete ú ocho leguas del cuerpo principal de la columna. ¿Qué ocurre cuando la caballería se

halla en el caso de dar media vuelta? Que los combatientes están tan dispersos por aquella larguísima carga de forrajeadores, que su reunión es muy lenta y no puede ejecutarse sino por fracciones obligadas á obrar separadamente. Todo oficial, cualquiera que sea su grado, debe poner la mayor atención en grabar en su memoria, cuanto le sea posible, todos los accidentes del terreno que deja á sus espaldas, y deberá recorrer en su movimiento de retirada.

Algunas veces, una de las fracciones que la necesidad ha creado, encuentra á su vuelta al enemigo fuertemente atrincherado en uno de los desfiladeros, bosques, pasos que ha atravesado durante la carga.

En este caso es temerario atacarle. La fracción así comprometida, cortada del resto de la columna, en presencia de un enemigo que le es superior en número y que tiene la ventaja de la posición, corre riesgo de una total destrucción, ó al menos de pérdidas considerables sin ningún provecho. El oficial debe escoger, entre las posiciones inmediatas, la mejor, hacer echar pie á tierra á sus soldados que harán con sus caballos travados un parapeto; cuidará de que economicen los cartuchos, y esperará así á la defensiva á que la columna, que necesariamente ha de estar inquieta con la falta de aquella fracción extraviada, envíe un refuerzo, que no puede tardar en llegar, guiada por la detonación de los disparos.

Marcha de noche

Las marchas de noche son el medio más seguro de destruir toda insurrección, de sofocar toda sublevación; pero es necesario que sean conducidas con inteligencia, y combinadas de manera que las corone siempre un éxito feliz.

Presentan sin duda grandes dificultades; pero éstas desaparecen si el Comandante de la columna quiere entrar en una porción de pormenores, que pueden parecer sin importancia, pero que no deben nunca descuidarse, si no se quiere exponer á un mal resultado; toda marcha de noche sin éxito ocasiona al soldado tanta fatiga como cuatro marchas de diez leguas. En verdad, que, si han sido hechas muchas inútilmente, la columna se ha fatigado, ha sido necesario, ó volver, ó dar á la tropa un largo descanso.

Es un error muy grande el creer que se anda de día lo mismo que de noche; el mayor calor fatiga menos que el marchar de noche; esta es una cuestión que ha sido juzgada sin apelación desde el primer día; por la noche todo son dificultades, y hasta el país mismo cambia de aspecto.

Si una marcha de noche ha de ejecutarse por una columna ligera, es necesario hacer lo mismo

que si se tratara de poner toda la columna en movimiento. El Comandante reunirá á todos los oficiales superiores, á los jefes que estén de servicio, á los capitanes, y lo que sería mucho mejor á todos los oficiales.

Debe explicar á todos lo que tendrán que hacer, les expondrá su plan, les explicará, en cuanto sea posible, el terreno que tienen que atravesar, los obstáculos que podrán hallar, la posición probable del enemigo, su fuerza, y sobre todo determinará con mucha exactitud la marcha de cada cuerpo. Será también útil poderles distribuir pequeños mapas topográficos, porque muchas marchas de noche no han tenido resultado porque en el momento de encontrar al enemigo había necesidad de averiguar la situación de tal ó cual parte de la columna que se había extraviado y se encontraba á una gran distancia. Es muy importante fijar de antemano un puesto de reunión, y es indispensable que los oficiales informen á los soldados de las instrucciones que hayan recibido.

A la hora señalada para la marcha, el Comandante debe ponerse en marcha con la cabeza de la columna y detenerse á algunos centenares de pasos del vivac; los oficiales y sargentos de ordenanzas conducen en seguida cada cuerpo al lugar que debe ocupar, y no se vuelven á poner en marcha, hasta que el orden de la formación esté completamente establecido.

Cada batallón, la caballería, el convoy, la ambulancia, deben llevar cuando menos dos árabes del país que van á recorrer.

Estos guías, que caminarán á pie y á los cuales se debe vigilar mucho, serán muy útiles en el caso de que una parte de la columna tome un camino equivocado.

El mayor silencio debe reinar en las filas; nadie debe fumar; las voces de mando han de darse bajas; los jefes de compañías deben hacer amarrar, para evitar el traqueteo, las cantimploras, las marmitas y hasta se evitará el pequeño murmullo de los hombres; si la columna marcha entera, los perros deben ir amarrados; si se opera en una columna ligera, deben excluirse completamente.

Importa mucho que la marcha se haga lo más regular que sea posible: el guía, que es siempre un árabe, debe ir montado en un caballo gris claro; se tendrá cuidado de amarrarle al brazo una cuerda que llevará un sargento ó un cabo colocado al lado del comandante.

Esta precaución es necesaria por dos motivos: 1.° Porque el árabe irá al paso de su caballo y el comandante que no debe perderlo de vista arreglará el paso de su montura al suyo; pero si el paso es muy precipitado, se forman bien pronto claros y es necesario hacer altos para estrecharlos. 2.° Sea por indiferencia, sea por cansancio el árabe puede dormirse: entonces se marcha á la

ventura, y se han visto por eso algunas columnas vagar por toda una noche y encontrarse al amanecer casi á la vista del sitio de que habían salido.

El sargento tiene el extremo de la cuerda del guía, cuida de que vaya despierto, tirándole de ella de cuando en cuando y le obliga así á conservar el paso que desea el jefe de la columna.

Además de su E. M. debe llevar consigo el Comandante ocho ó diez sargentos ó cabos, los mejores montados y más inteligentes.

Estos jinetes, que deben estar numerados, tienen por objeto, sucediéndose cada cinco minutos recorrer al paso los flancos de la columna asegurarse de que la marcha no se ha interrumpido y que no hay claros en las filas. Cuando noten un claro, es señal de que una parte de la columna ha perdido la huella, y debe hacer alto y dar cuenta al momento de lo que pasa al Comandante. Se entiende que el alto debe ser general; de otro modo sucedería que la cabeza de la columna, siguiendo su marcha, se encontraría separada de todo el resto: la orden de marcha se comunica de compañía en compañía, porque el ordenanza no debe ni trotar ni galopar al venir á dar cuenta del accidente.

Una noche mi columna se encontró de pronto cortada: la cabeza seguía marchando y el caballo del sargento, que venía á darme parte, se había caído; yo llevaba una delantera considerable,

cuando tuve conocimiento del suceso; envié al momento varios oficiales y sargentos en busca de las tropas extraviadas; pero viendo que no venían ni unos ni otros, me ví obligado á encender hogueras para reunirlos, tirar tiros de fusil y hacer tocar las trompetas; así conseguí reunir toda mi gente; pero el enemigo se puso alerta, y nuestra marcha, que había sido muy fatigosa, no tuvo ningún resultado. Imaginé entonces hacer pitos con las tibias de carnero, y cuando las ordenanzas observaban un claro ó una distancia, un pequeño silbido advertía á la cabeza de la columna que debía detenerse. Es necesario haber hecho marchas en el Sud ó en el Serson, para formarse una idea de las dificultades, y, sobre todo, del peligro de separarse de la columna principal, aunque sólo sea cinco ó seis metros.

Desde que adopté este sistema no tuve que deplorar ningún contratiempo.

Dos jinetes deben estar con cada jefe de batallón, ó jefe de servicio, y otros deberán colocarse á la izquierda de la infantería; con este sistema el Comandante estará siempre informado de la menor ocurrencia.

No se debe hacer alto sino cada dos horas, porque si son muy frecuentes, los soldados se dejan dominar por el sueño, el frío les entumece y no se vuelven á poner en marcha sino con sumo trabajo.

Al momento de hacer alto, dos sargentos deben recorrer los flancos de la columna y prevenir en voz baja que se van á parar; así los soldados no creerán que la columna va á descansar.

He visto á muchos soldados tomar por altos lo que no era sino un accidente de la marcha; algunos salían de las filas, la columna seguía marchando en la oscuridad, no podían alcanzarla y eran otros tantos hombres perdidos.

Nada debe escapar á la mirada y á la atención del jefe: es necesario advertir que, cuando una columna está en marcha, se ve á los soldados tener al mismo tiempo las mismas necesidades: si los soldados que han salido de sus filas se encuentran extraviados y perdidos, es bastante para desmoralizarlos y quitarles la confianza en su jefe. La pérdida de veinte hombres muertos por el fuego que cause el enemigo, es de menos mal efecto en el soldado, que la de un sólo hombre abandonado. El inconveniente es el mismo para la caballería; además, el jinete, transido de frío, se apea del caballo, se acuesta con la brida en el brazo y se duerme. La columna continúa marchando, toma mucha delantera, los hombres están perezosos para volver á montar, y después es necesario un tiempo precioso para reunirlos.

Cuando el Comandante está seguro de que todos están avisados, es necesario hacer alto; pero este alto no debe pasar nunca más que de un

cuarto de hora. Durante este tiempo, los oficiales y sargentos deben estar muy vigilantes para impedir que los soldados salgan de sus filas y se acuesten en la yerba, porque serían otros tantos hombres extraviados. Si el alto debe prolongarse, y esto se verifica, es necesario que la tropa esté avisada, porque es muy preciso evitarles toda inquietud. Antes de volver á ponerse en marcha, se debe avisar, así como cuando se vaya á hacer alto, con la diferencia que las órdenes deben empezar por la cola de la columna y se comprende la necesidad.

Si para el alto, la cabeza debe ser avisada la primera, es porque se consigue que se estrechen unos á los otros, y es precisamente lo contrario cuando se vuelven á poner en marcha; si la cabeza está en pie permanece mucho tiempo con la mochila á la espalda, antes que los sargentos hayan podido dar las órdenes hasta la izquierda. Al contrario, la orden que sale de la cola se comunica estando ya todos sobre las armas, y al momento en que la cabeza empieza el movimiento, la columna se pone en marcha como un solo hombre.

Tantas precauciones, tantos pormenores, parecen pueriles á primera vista; no obstante son necesarios. Una marcha de noche es por sí sola una excepción, porque no se puede dar ese nombre á etapas que los soldados hacen algunas veces en Europa siguiendo una ruta señalada, sabiendo

cuanto tiempo necesitan para llegar á su destino; semejantes marchas nocturnas no se asemejan en nada á las de Africa.

El soldado, trasportado á un desierto, lejos de su familia, de sus costumbres, desnaturalizado en una palabra, necesita saber que el jefe vigila por él. Su fuerza moral es mucho menor que cuando sabe que va á atacar al enemigo en mitad del día.

Por la noche su imaginación se exalta y sufre las impresiones de lo desconocido: voluble por esencia, pronto á inflamarse, á intentar y con frecuencia á ejecutar acciones heroicas imposibles, ese mismo soldado se deja abatir fácilmente: de noche y con el cielo oscuro, cree ver cosas fantásticas; mil fantasmas se forman ante sus ojos; no viendo nada, marcha á la casualidad; no sabiendo donde va, cree que la columna se ha perdido ó que se ha extraviado mucha gente. En estos momentos es cuando el jefe debe tener una constante vigilancia, debe saber que si un terror pánico se comunicase, todo sería perdido, y que los hombres que más pruebas habían dado de valor, romperían sus filas, desbordándose y corriendo en torno suyo; momento terrible, por fortuna muy raro, porque entonces toda autoridad es inútil, y una columna se dispersa como por encantamiento.

El Comandante debe asegurarse de que los ordenanzas recorren los flancos de la columna.

Los soldados al ver que el jefe cuida de ellos, no pierden la confianza y marchan con energía.

El Comandante que haya marchado en tres columnas durante el día, deberá por la noche tomar el orden siguiente:

En cabeza la sección de zapadores de ingenieros, los cazadores sin mochila, después la columna de la derecha, seguida por la del centro, la de la izquierda, la caballería regular y los goum cerrarán la marcha. La infantería debe marchar por mitades; en cuanto al convoy indicaré su marcha entre las obligaciones de su jefe. No debe haber ni vanguardia, ni retaguardia, ni flanqueadores.

Insisto sobre los flanqueadores, porque ¿cuál es su objeto durante el día? El de marchar á mucha distancia de la columna y mantener al enemigo bastante lejano para que sus balas no puedan caer entre las filas; pero durante la noche, en que los soldados no deben separarse ¿para qué servirán? Los oficiales y sargentos marcharán á los flancos de su mitad, ó de su compañía, no delante; en una palabra, todos deben tocarse casi al marchar.

Si se encuentra algún río, toda la tropa debe ser avisada al mismo tiempo si tiene necesidad de desnudarse: es muy importante para la salud del soldado que no marche de noche con su ropa mojada.

La cabeza de la columna, después de haber

atravesado un vado, seguirá algunos centenares de pasos y se detendrá hasta que avise que se ha verificado el paso y de que se vuelva á poner en marcha. Es menester escalonar desde la orilla del vado hasta la cabeza de la columna, oficiales y sargentos agregados al E. M.; así nadie perderá el camino.

Los zapadores de ingenieros permanecerán próximos á las ramblas para arreglarlas si fuera necesario; la compañía sin mochila les deberá ayudar, tendrá también el encargo de levantar á los hombres y á los caballos ó animales que se caigan ó sean arrastrados por la corriente; debe tener el mayor cuidado al pasar las ambulancias. Al volverse á poner en marcha, los zapadores y la compañía sin mochila cerrarán la marcha, hasta el primer alto que volverán á ocupar su puesto.

En las marchas de noche, es necesario cuidar de colocar la caballería al extremo (opuesto) izquierdo. Resultarían grandes inconvenientes si se situasen de otra manera; voy á indicar los principales: si los jinetes están en la vanguardia, por el paso de los caballos, siendo mucho más largo que el de la infantería, se forman claros, se aumentan y en la oscuridad no tarda ésta en separarse, y acaba por perder la huella.

Colocándola en el centro, si es preciso pasar un vado ó solo un camino algo estrecho, la caballería necesita disminuir el frente, los caballos titubean, y, salvado el obstáculo, el jinete

involuntariamente precipita el paso para volver á ocupar su puesto, y queda entonces una gran distancia entre la infantería y la caballería, y aquella puede extraviarse al procurar reunirse á ésta. Por último, en los pasos de los ríos, si la caballería pasase antes que la infantería, haría pronto impracticables ambas orillas del vado para ésta última.

Puede suceder que al amanecer esté el enemigo á una ó dos leguas; en este caso el comandante no debe obrar como si sólo tuviese su columna ligera, sino que inmediatamente debe hacer tomar una buena posición al grueso de su tropa; hacer marchar su caballería en seguida, apoyada y seguida de algunos batallones, que hayan dejado sus mochilas y estén provistos de dos galletas por plaza.

Es de suma importancia conservar el goum: diré por qué.

Si se necesita hacer dos ó tres marchas de noche para alcanzar al enemigo, es importante que el guía, que conoce el país, os haga emboscar en algún accidente del terreno, y que podáis así ocultar vuestra columna durante el día.

Los soldados se unirán cuanto les sea posible; la columna tendrá en su alrededor un cordón de centinelas, para impedir que los soldados se dejen ver en las alturas; se prohibirá completamente encender fuego, la carne cocida de antemano debe ser suficiente para el mantenimiento del

soldado. Si la ambulancia tiene enfermos, de lo único que debe hacer uso es de los calentadores con espíritu de vino.

Es muy necesario que los oficiales se dediquen á enseñar al soldado la estrella polar, lo que le será de mucha utilidad en caso de que se pierda hacia el sud. En 1847 dos cazadores del 13 ligero, que pertenecían á mi columna, se habían estraviado en una marcha de noche. No habiendo vuelto á verlos en todo el tiempo que duraron mis operaciones, los creía perdidos, cuando, con tanta alegría como admiración, los encontré á mi entrada en Tiaret. Hé aquí lo que me dijo uno de ellos.

«Después de haber inútilmente, así como mi compañero, buscado las huellas de la columna, nos decidimos á caminar por la noche, subiendo hacia el norte, y nos guiamos por la estrella polar; durante el día, con el temor de encontrar á los árabes, nos situábamos sobre la cima más elevada que podíamos encontrar, y sucesivamente hacíamos centinela para aparentar la presencia de una columna. Vimos presentarse algunos árabes, que, viniendo hacia nosotros, huían cuando nos veían, pensando probablemente que la columna estaba del otro lado de la loma, y debemos á este ardid nuestra salvación. En fin, después de tres noches penosas de marcha llegamos á Tiaret, donde os hemos esperado.» Cité estos dos soldados como ejemplo á todos los in-

dividuos de mi columna, recomendándoles obrasen como ellos en casos semejantes; después de mis expediciones he tenido la dicha de encontrarme unos treinta hombres que creía perdidos y que se habían reunido á nuestros puestos avanzados obrando de la misma manera.

Si desgraciadamente algunos hombres aislados, ó una parte de la columna se extraviase antes de encender hogueras ó de hacer disparos de fusil para encontrarlos, lo que tiene por resultado hacer conocer nuestra marcha, es bueno emplear otros medios que con frecuencia tienen buen éxito. Los oficiales y sargentos de ordenanza deben echar yesca en muchos sitios distintos y también se pueden echar cohetes.

Encuentros por la noche

Hé aquí un hecho, que, aunque raras veces se presenta, es importante observar cuidadosamente. Una columna en marcha no tiene que temer un ataque directo por parte de los árabes; pero puede suceder que la casualidad la ponga al frente del enemigo, que sorprendido él mismo, hace disparos de fusil; en ese caso no se le debe responder.

Si se tropieza por casualidad con una partida

enemiga, la cabeza de la columna debe pararse, estrecharse todos y poner armas en tierra; también deben sentarse los soldados, los oficiales y sargentos salirse de las filas, recorrer el flanco de la columna para hacer guardar el más profundo silencio, ó impedir sobre todo que se haga fuego.

El Comandante hará entonces salir algunos exploradores que en la oscuridad se mezclarán con el enemigo, debiendo decirse entre sí y bastante alto para que lo oigan los enemigos: «á volvernos;» en medio de la oscuridad, no sabiendo á qué atribuir un silencio que se les hace espantoso, las partidas árabes no tardan en dispersarse.

Este método me ha salido bien siempre y los que han obrado de otro modo, sólo han tenido desastres que deplorar.

He visto jinetes, que, conociendo nuestro arrojo, venían y tiraban algunos tiros desapareciendo en seguida, bien seguros de que nuestros soldados contestarían, y que en medio de la noche tendrían lugar sangrientas y funestas equivocaciones, como por desgracia ha sucedido frecuentemente.

Deberes de un comandante de infantería en una retaguardia

Los regimientos recién llegados no se deben colocar en la retaguardia, no porque les falte valor, sino porque no están acostumbrados á los gritos salvajes de los árabes. La retaguardia debe siempre confiarse á hombres escogidos, á veteranos incapaces de dejarse sorprender, opinión que participarán conmigo todos los oficiales que hayan hecho la guerra.

Al oficial á quien se le confía este puesto peligroso, debe elegirlo el Comandante, sin que para ello le detenga ningún género de consideración; sin atenerse á turno de ninguna especie, debe escoger el jefe el cuerpo que conceptúe más habituado y capaz de ocupar este sitio peligroso.

En país llano una columna de 5 á 6,000 hombres debe componer su retaguardia de dos batallones y de tres en montañoso, llevando además diez pares de artolas y una sección de la compañía de cazadores que marchará sin mochila á la cabeza de la columna.

Estos cazadores no servirán para combatir: su misión es recoger y enviar al convoy, durante el fuego, los muertos y heridos que jamás deben abandonarse, y evitar así que los tiradores aban-

donen su puesto en el combate, lo cual ocasionaría confusión en la línea, donde mientras sea posible, siempre deben estar por parejas y á cinco pasos de distancia.

Tengo experimentado el excelente efecto de este sistema, porque el soldado se ocupa más de su compañero herido que de sí mismo, y su moral se fortifica mucho viendo que hay otros soldados exclusivamente dedicados á no dejar al enemigo ninguno de ellos.

Una sección de artillería de montaña debe hallarse agregada á la retaguardia; pero esta arma no debe emplearse sino en el último caso; su fuego produce sobre los árabes un efecto moral enorme que desaparecería si se prodigase mucho. Además no sonando el cañón sino en circunstancias apuradas, servirá de aviso para el jefe de la columna, que podrá detenerse y tomar las disposiciones convenientes: en las retaguardias se emplearán las carabinas.

El que manda la retaguardia debe preparar emboscadas al enemigo á favor de lo quebrado del terreno y de los bosques. Se escogerán los mejores tiradores que cargarán los fusiles con dos balas: hecha su descarga se plegarán corriendo á su columna.

Importa que se hallen sostenidos por algunas secciones de caballería para impedir á la retaguardia que se detenga á esperarlos, y entiéndase bien, que estos hombres irán sin mochila.

Los soldados suelen prodigar demasiado sus cartuchos, haciendo fuego á demasiada distancia; los oficiales que vayan en la retaguardia deben imbuir á sus soldados que no hagan fuego sino de cerca y á golpe seguro, repitiéndoles que el que hace fuego á la ventura es mal soldado.

Nos ha sucedido muchas veces, por efecto de esta prodigalidad en las municiones, encontrarnos sin cartuchos cuando más falta nos hacían.

Si la columna fuese atacada seriamente, sobre todo en la guerra de montaña y no pudiera llegarse al campamento hasta de noche, sería imprudente continuar la marcha, tanto más, cuanto que los árabes no dejarán de considerarla como una huída.

En este caso, la mejor medida es escoger una buena posición para dejar el bagaje y mochilas, y verificar en el acto una vigorosa reacción ofensiva contra el enemigo; cuando se les haya perseguido enérgicamente durante algunas horas con dificultad volverá á inquietar en el mismo día. Si la columna se viese seriamente atacada á las tres ó cuatro leguas del campamento que acaba de dejar, debe verificar una reacción ofensiva y llevarla á fondo aun teniendo que acampar sobre el mismo terreno (1) (sólo de frente). Siem-

(1) Si en una reacción ofensiva se viere que los árabes toman posición, lo que probaría confianza en su fuerza, debe evitarse el atacarlos tan sólo de frente. Cuando se ven envueltos,

pre valdría más vivaquear con la columna y convoy aunque no se estuviese sino á dos ó tres leguas del punto de partida y aun en lugar falto de agua, que no llegar al campamento ya de noche y de continuo molestados por el enemigo.

En estos casos es preciso llevar consigo cien camellos cargados de agua.

De las razzias

Cuando una columna que ha entrado en campaña, ha logrado dar un buen golpe de mano, es

están los árabes ya medio batidos. Una parte de la columna debe con la caballería rodear y amenazar su retaguardia.

Si la posición tomada por el enemigo fuese demasiado fuerte por ser inabordable para la infantería ó la caballería, es preciso valerse de astucias y fingir una retirada. Este movimiento que sería peligroso en una guerra en Europa, donde los regimientos obran como máquinas, no presentan iguales inconvenientes en Africa, donde oficiales y soldados acostumbran á emplear diariamente su inteligencia en los combates de partidarios. En tal caso debe advertirse á la tropa, que la retirada es simulada para atacar en otro parage. En seguida se empieza el movimiento, que debe hacerse aparecer á los árabes como una fuga, cuidando de abandonar alguna mochila, efectos en mal estado y alguda arma. Este aliciente no tarda en atraer á los árabes que, desprovistos de disciplina resisten rara vez al deseo de picar nuestras retaguardias y aprisionar á los rezagados. Fuera de su formidable posición, y situada en la llanura la infantería enemiga por numerosa que sea, se halla en poder nuestro, y á pesar de la movilidad de la caballería, con una acción enérgica ofensiva, será realmente estropeada.

decir, arrebatar numerosos ganados, es necesario y de toda urgencia organizar un consejo de administración, compuesto del Comandante de la columna como presidente, de su jefe de E. M., del subintendente, del coronel más antiguo, de un capitán, de un teniente y del oficial de la oficina árabe que desempeña las funciones de secretario. El consejo de administración ofrecerá á la venta á las otras tribus el ganado cogido, pues este produce siempre un gran embarazo y puede retrasar la rápidez de las operaciones. Conviene sólo conservar una pequeña parte de él que no debe figurar en la contabilidad del estado, la cual servirá para dar á cada hombre durante algún tiempo una libra de carne. Estas distribuciones extraordinarias deben hacerse sin prodigalidad, á fin de no comprometer la salud de las tropas; pero no podré insistir bastante en que el soldado esté bien mantenido, sobre todo hallándose en expediciones. También es preciso aprovecharse de estas (expediciones) felices ocasiones para recompensar largamente á los árabes que nos hayan guiado bien, siendo una prueba de talento hacerse servir bien: un gasto crecido hecho con oportunidad, llega á ser, en ciertos casos, una verdadera economía para el porvenir.

¡Cuántas veces no hemos visto al enemigo pagar con largueza á los guías de nuestras columnas por habernos dirigido á otro punto diferente de su territorio, ó por habernos apartado

del camino seguido por los ganados y el grueso de sus tribus, lo cual hacía completamente inútiles nuestras correrías y fatigas!

Verificada una razzia, el Comandante de la columna no debe descuidarse en encargar que se tenga el mayor cuidado con las pieles de los carneros distribuídas á la tropa. Estas pieles se darán en las compañías con mucho orden, porque en lugar de encontrar siempre en campaña, como se ha dado en decir, los arenales ardientes de Africa, se experimenta á menudo un frío tan intenso como en Francia, y unas nieves bastante abundantes para hacer perecer de frío á los soldados. Es, pues, preciso mandar distribuir una piel de carnero á cada soldado de infantería y dos á cada uno de caballería, aunque hubiese necesidad de mandar matar carneros al efecto.

El soldado se abriga con esa piel de noche y la coloca como peto sobre el pecho durante el día. Las que se dan á la caballería sirve la una para el hombre y para el caballo la otra. Habiendo pieles sobrantes, se adaptarán á los estribos á manera de bolsas, lo cual impide á menudo que al soldado se le hielen los pies, á consecuencia de los grandes fríos y de las lluvias heladas. Este sistema me ha salvado bastantes hombres y caballos en 1845 y 1846.

Comprobado después de una razzia que la tribu castigada no era tan culpable como se había hecho creer, y que se ha obrado con demasiada

(ligereza) dureza, es necesario que la generosidad exceda á la severidad empleada y devolverla, cuando se pueda, todo lo que se le haya tomado. En especial hay que manifestar á los árabes que se les ha herido porque han sido culpables, y no porque nos impeliera el afán al botín, lo cual dista mucho de equivaler al dinero y á los hombres que se emplean para castigarlos.

Recomiendo á todos los hombres de la columna que así que se apoderen de una tribu, no descuiden el trozo más pequeño de papel que llegue á sus manos y que registren á los mismos árabes á fin de asegurarse que no tienen ningún pedazo encima: esta observación es importante. Con frecuencia hemos descubierto por medio de estos secretos, que hemos castigado á tribus inocentes, mientras que los culpables se hallaban entre nosotros. Impelidos, sin saberlo, por satisfacer una venganza personal, ¡cuántas veces no hemos gastado sumas inmensas persiguiendo tribus que eran inocentes!... Averigué una vez por medio de estos escritos que Abd-el-Kader á quien creíamos expulsado completamente del oeste, se hallaba tan sólo á dos jornadas de marcha de mi columna, y había dado la vuelta hacia mi retaguardia para intentar una razzia contra los Pchaaman. Esto sucedió en 1840.

Los árabes aliados que marchaban conmigo me engañaron, porque tenían interés en ocultarme la presencia de Abd-el-Kader en el país, y se ale-

graban mucho de ver arrasar el de los Pchaaman, contra los cuales mantenían un odio inveterado. Muchos datos más podría citar, que se obtienen por medio de estos escritos. Los espías del Comandante de la columna, que conocen su importancia, tienen mucho cuidado en procurárselos, y repito es cosa que no debe descuidarse, porque las más pequeñas causas pueden á menudo causar grandes efectos.

Sucede casi siempre, cuando una columna se apodera de grandes ganaderías, que se quieren conservar ó llevar consigo, que causan embarazos muy grandes; primero entorpecen por fuerza la rapidez de la marcha, y sabido es que en Africa la celeridad de los movimientos es condición esencial de buen éxito; en segundo lugar, si aparece que la campaña tiene por objeto apresar algunos millares de cabezas de ganado se disminuye notablemente la influencia moral que debe presidir todas nuestras operaciones.

Al conservar los ganados, hay dos alternativas que se realizan siempre: la primera, que la mayor parte perecen en la marcha; la segunda, que los que se conducen al interior se venden á bajo precio á mercaderes extranjeros que los trasportan fuera de Africa.

Vendiéndolos, aún á bajo precio, á nuestros aliados, nos hallamos, por lo pronto, según ya he dicho, libres de todos nuestros movimientos; y por otra parte, puesto que no hacemos la gue-

rra al país mismo ni á su riqueza, no privándole de los ganados, que la constituyen principalmente, no obtenemos el excelente resultado de hacer menos movibles á las tribus, y que les sea cada vez más grato el suelo que ocupan.

En otro tiempo era yo partidario muy acérrimo de la destrucción de los sembrados y he reconocido después cuán grande era este error. Cuando creíamos quemar las cosechas del enemigo destrozábamos nuestras propias haciendas; porque no basta una sola campaña para destruir ó acabar con los árabes. Así lo enseña la experiencia de diez y nueve años; además si en la primera expedición lo destruímos todo, vaciamos completamente los graneros; en una palabra, si llevamos la ruina á todas partes, ¿qué recursos hallaremos cuando volvamos allí? ¡Nada absolutamente, nada, á no ser los rastros casi borrados de nuestros incendios! ¿Con qué mantendremos en adelante á los hombres y á los caballos?...

El Comandante de la columna debe cuidar que se apoderen de cuantos molinos de mano encuentren los soldados, sea en las tiendas ó en los Ksours árabes: es muy importante tener á lo menos tres por cada compañía de cien hombres.

A menudo hay que partir inmediatamente; la insurrección acude y no nos espera; desde este momento se ve uno obligado á llevar pocos víveres; el peligro es inminente y hay que prevenirlo. Con los molinos de mano se tiene el me-

dio de hacer así harina, y, por tanto, pan, pues los graneros no faltan jamás, y siempre es fácil sostener una campaña con pan, agua y leña.

Siguiendo este sistema pudo el general Lamoricière en 1840 llevar á una conclusión feliz la expedición más larga y ruda y, es preciso reconocerlo, la más gloriosa y fecunda en resultados, que se ha hecho en Africa, la de Mascara.

Ataque de un campamento enemigo durante la noche

Así que una columna ha llegado á distancia, no sólo de cuatro ó cinco leguas, sino de diez ó doce del enemigo, deben tomarse todas las medidas para atacarle de noche, y al efecto cuando el Comandante se ha asegurado tanto de la distancia que le separa de los árabes, como de la posición que ocupa su campamento, debe organizar en el acto una columna de ataque, que no es prudente pase de cuatro ó cinco compañías de preferencia, este número es suficiente, pues es preciso ante todas cosas evitar la confusión, siempre que se quiera obtener un pronto resultado. A esta columna de ataque seguirán tres ó cuatro batallones sin mochilas. No debe em-

plearse la caballería que en este caso sería más bien perjudicial que útil; con una infantería sin mochila pueden tomarse los caminos más extraviados y difíciles, á fin de que los árabes no sospechen nuestros proyectos; además la caballería no podría seguir á la infantería por estos caminos, y el ruido que hace daría aviso al enemigo. La columna de ataque tomará al salir del vivac una dirección opuesta á aquella á donde se halla el enemigo, describir un círculo para converger sobre él; semejante precaución es necesaria para engañar la vigilancia de los árabes que espían sin cesar nuestros movimientos. Así que llegue á distancia de dos leguas del enemigo, cuya posición ha sido indicada por los fuegos de su vivac, debe mandarse parar á los batallones que siguen á la columna de ataque; se sentarán en tierra con el mejor silencio y se guardarán sobre todo de contestar aun cuando recibiesen algunos tiros de fusil. Llevando las cosas á todo rigor, ni aun las armas deberían estar cargadas, pues un solo tiro de fusil disparado, sea por imprudencia, sea por casualidad, bastaría para poner en alarma al enemigo.

El Comandante de la columna se pondrá á la cabeza de las compañías encargadas del ataque despues de haber tenido buen cuidado de indicarles la maniobra que han de ejecutar; no debe llegarse al enemigo sino media hora antes de salir el sol: más temprano ó más tarde sería una imprudencia.

A un cuarto de legua del enemigo se desplegarán dos compañías en batalla sobre el centro donde se haya colocado el Comandante. La marcha en batalla formará un semicírculo.

Cuando el Comandante de la columna quiera hacer alto ó emprender de nuevo la marcha, prevendrá á las dos hileras que se hallan á su derecha é izquierda, que se va á ejecutar uno de esos dos movimientos; las hileras comunicarán este aviso á las inmediatas que las trasmitirán á su vez en voz baja, y prestarán desde este momento la mayor atención á lo que se va á hacer: así que juzgue prevenida á cada extremidad de las alas, se detendrá ó marchará, y lo mismo la tropa sucesivamente.

El ataque que debe empezar un cuarto de hora antes del día, á fin de sorprender á los árabes que están ya levantados para hacer sus abluciones, no se emprenderá sino cuando se haya llegado lo más cerca del campamento. Es fácil acercarse á este, porque los árabes se guardan muy mal, confiados en la vigilancia de sus chonef (exploradores), que están encargados de prevenirles de todos nuestros movimientos. Las compañías del centro harán entonces un fuego de pelotón. El enemigo se levanta sorprendido y asustado por esta descarga, é inmediatamente toda la tropa hace fuego de filas. Las hogueras del vivac sirven de punto de mira, y bajo ningún pretexto se moverá la tropa de su sitio.

Es muy importante llevar consigo el mayor número posible de cornetas para hacer creer al enemigo que es atacado por fuerzas más numerosas. Un toque general hará cesar el fuego. Esta orden debe cumplimentarse inmediatamente: un tiro de fusil disparado en nuestras filas puede hacer creer que viene del enemigo, corriendo el riesgo en la oscuridad de que por un error desgraciado se maten los soldados unos á otros.

A la señal de cesar el fuego, se arma la bayoneta y se entra en el campamento. No hay tropa árabe capaz de resistir semejante ataque cuando se lleva á cabo de una manera hábil y enérgica.

Se pasará por las armas á todo el que se encuentre, porque es imposible hacer prisioneros. Al cabo de diez minutos, un segundo toque advertirá á la tropa que retroceda y que se ponga fuera del alcance de la luz de los fuegos, á fin de que tan corta fuerza numérica no anime al enemigo; pero sucede casi siempre que los árabes, atacados vivamente durante la noche se confunden y se desordenan de tal manera que les es imposible rehacerse y tomar la defensiva antes de ser de día.

Los batallones que hayan quedado detrás deben ponerse en camino é incorporarse antes de amanecer, y así se tiene desde luego, saliendo del campo enemigo, un número de hombres suficiente para obtener el resultado, objeto único

de la marcha de noche, de la destrucción del campo.

Hay todavía otro medio de dispersar un campo enemigo, que consiste en amenazar á una de las tribus con el contingente que le corresponde; se puede estar bien seguro de que con esta nueva todos los hombres que se les hayan separado, se apresurarán á reunirse con los suyos, y el campo se disminuirá mucho.

No me cansaré de repetir, é importa que todos los soldados estén muy penetrados de ello, que cuanta mayor aglomeración de árabes encuentre una columna, mayor facilidad tiene para dispersarlos. Aquí pasa lo contrario de lo que sucede en las guerras de Europa. Una masa de árabes (encuentra una columna), cualquiera que sea el valor individual de sus hombres, no resistirá jamás el empuje de nuestras bayonetas, y se puede dar por regla general y aun absoluta, que un campo árabe, por muy numeroso que sea, atacado de noche con inteligencia y energía es siempre tomado.

En un ataque nocturno no es bueno hacer prisioneros; porque los prisioneros árabes, cuya astucia es infinita, necesitan una gran vigilancia; y casi puede decirse que no son muchos cuatro soldados para guardar uno solo. Además como la fuerza con la cual se ha atacado es escasa, estos prisioneros no harían sino estorbar en el caso de que los enemigos intentasen una reacción ofen-

siva antes que se haya incorporado el grueso de la columna.

Es importante poner en guardia al soldado en una estratagema muy hábilmente empleada por el enemigo.

Sucede con frecuencia, que, viéndose cogido un árabe, aparenta rendirse presentando su fusil, y entonces es cuando uno debe recelarse de él; porque cuando con toda confianza se va á tomar su arma, que tiene con el cañón hacia delante, le dispara hiriendo mortalmente al que iba á cogerle y salvándose él.

Ataque nocturno dirigido por los árabes contra un campo francés

Nuestros campamentos han sido atacados algunas veces por los árabes durante la noche: en esta circunstancia nos han sucedido accidentes deplorables, y nuestros soldados, sorprendidos de improviso, se han fusilado unos á otros. Estos errores, que por fortuna se vienen haciendo cada vez más raros, nos ocasionan mayores pérdidas que el fuego del enemigo.

He visto en ataques de noche hacer tomar las armas á toda la columna y tenerla así hasta el día, ó verificar las salidas, al regreso de las cuales

eran fusilados por sus camaradas. También he visto mandar tocar botasillas en noches oscuras en términos que los jinetes no distinguían ni las orejas de sus caballos.

Hoy todo Comandante de columna debe estar persuadido, que cuando los árabes emprenden un ataque de noche nunca es con el objeto de penetrar en el campo, sino únicamente con el de fatigar á la tropa, tenerla en pie y obligarla á verificar una salida, esperando en medio de la oscuridad introducir la confusión en el campamento.

Repetidas veces hemos experimentado el deplorable resultado de estas salidas; la columna ha sido desordenada, la confusión se ha introducido en sus filas, bravos soldados han sido muertos casi siempre por sus camaradas, y al día siguiente á la hora de partir, los hombres estaban rendidos, y se arrastraban penosamente hasta otro vivac.

En el caso de un ataque de noche, hé aquí el sólo medio que debe emplearse, y que siempre nos ha salido bien.

El Comandante hace prevenir á su columna, que á la menor señal de ataque se apaguen todas las hogueras del vivac, y se guarde en él el mayor silencio. Si el enemigo fuese muy numeroso, no pudiéndole resistir los pequeños puestos avanzados, se retirarán hácia los veinticinco hombres que cubren las grandes guardias; estas deben permanecer inmóviles sobre las armas, y los ofi-

ciales han de tener cuidado en no perder nunca la dirección del vivac, para evitar que hagan fuego sobre nuestras líneas, en el caso de verse amenazados por el enemigo. Es de la mayor importancia que, preveyendo un ataque, haya cuidado en escoger un punto cualqulera para orientarse.

Cuando el Comandante le prevea, hará doblar las grandes guardias, practicando esto mismo cuando las vea atacadas seriamente.

Si el fuego se aproxima y hace más vivo, los soldados deben tomar sus cartucheras, deshacer los pabellones y sentarse con el fusil en la mano, ofreciendo así menos blanco á las balas del enemigo. Los oficiales y sargentos permanecerán de pie, teniendo cuidado de impedir que la tropa responda y haciéndola guardar el más profundo silencio. Esto tan difícil siempre de obtener, es de la mayor importancia.

El silencio impone siempre á los árabes que, no pudiendo descubrir la columna, temen caer en una emboscada ó ser envueltos. Su energía disminuye y sus gritos redoblan entonces hasta tal punto, que los hombres más acostumbrados no pueden menos de sentir un verdadero estremecimiento al oir esta gritería ó más bien estos aullidos salvajes; entonces es cuando los oficiales deben esforzarse en mantener el ánimo del soldado, haciéndole comprender que cuanto más gritan los árabes menos temibles son.

Rara vez se prolongan los ataques hasta el día; la inmovilidad de nuestros soldados no tarda en causar la pronta retirada de la mayor parte de nuestros enemigos; esta calma, que puede llamarse de la fuerza, los admira y desconcierta; de modo, que los más bravos ó encarnizados de entre ellos se dejan arrastrar por la masa; el ruido se amortigua, y antes del día han desaparecido todos.

Sin embargo, puede suceder, aunque rara vez se ha verificado, que el enemigo ataque resueltamente una de las caras del cuadrado y marche recto hacia delante; entonces las compañías que forman esta cara deben levantarse, y, calando bayoneta, ir adelante hasta unos treinta pasos nada más, en el mayor silencio, sin disparar un solo tiro, volviendo inmediatamente á ocupar su puesto.

En Teluinet, provincia de Orán, obtuvo el general el mayor éxito con esta maniobra; el aspecto de los soldados marchando con la bayoneta calada sin decir una palabra, hizo más impresión en los árabes que las descargas de sus fusiles.

Sumisiones

Desde el día en que el ejército desembarcó en las costas de Sidi-Ecrruch, hemos sido víctimas

de la falacia y doblez de los árabes; pero es justo añadir que el terror de los primeros generales que fueron llamados á conquistar el país emanaba de una idea generosa.

Después de haber hecho en Europa largas campañas, haber visto formar tratados, someter provincias enteras después de las batallas, y algunas veces reinos, nuestros jefes creyeron sucedería lo mismo con los árabes: representantes de la Francia empeñaron su palabra con toda lealtad, seguros de cumplir lo que habían prometido; no podían imaginarse que los jefes con quienes trataban, pudieran, al sellar sus convenios, encerrar en el fondo de su corazón el deseo de violar la fe del juramento.

Esta creencia, que casi todos tenían, fué la causa de decepciones tan grandes, que muchos, desalentados por las dificultades naturales del país y disgustados por el carácter falso y mentiroso de los árabes, volvieron á Francia con la convicción íntima de que nada teníamos que ganar en Africa. De estos desalientos, diré más, de estos desencantos á la proposición del abandono inmediato, no había más que un paso, y este fué dado muy pronto. La Francia, que había hecho tantos sacrificios en hombres y dinero; la Francia que se había creído llamada á crear una segunda nacionalidad en las costas que están frente á las suyas, oyó un día, con asombro profundo, mezclado felizmente de indignación,

que se propuso en la tribuna el abandono de la Argelia. Un grito se elevó entonces desde todas partes del imperio; cada pueblo había visto marchar sus hijos, soldados los unos, los otros colonos; á la palabra abandono, el país protestó altamente, y el grito que se hizo oir fué que la Argelia era una tierra francesa que sería vergonzoso abandonar. El gobierno mismo, en uno de los discursos de la corona, contrajo á la faz de Europa el empeño solemne de conservar nuestra conquista.

Desde este día se decidió que la guerra prosiguiese con energía y vigor. Se quiso someter el país y hacer de los árabes súbditos, sino leales, al menos fieles.

Desde 1840, y bajo el mando del general Bugeaud, la guerra se emprendió con tal brío, que nuestros adversarios, viéndose cercados, expulsados de todas partes, perseguidos hasta en el desierto, en las montañas más escarpadas, no hallando en ninguna parte un refugio seguro, trataron de someterse, conservando, sin embargo, en el fondo del corazón el firme propósito de violar su promesa á la primera ocasión que se les presentara. Entonces, como en los primeros días de la conquista, las tribus vinieron á someterse, unas al primer llamamiento, otras después de una resistencia más ó menos prolongada; pero las decepciones, las traiciones, no tardaron en aparecer; bastaba que un fanático se llamase cherif y

predicase la guerra santa para sublevar las poblaciones sometidas algunas veces pocos días antes.

Una de las causas principales de estas revueltas continuas fué, hasta 1840, el cambio frecuente de Gobernadores generales. Los árabes, pueblo aristocrático por excelencia, necesitan ser gobernados, y que una mano de hierro pese sobre ellos continuamente. Rara vez cambian de califas; sus deciks y las dignidades son casi hereditarias en las tribus; viendo sucederse muchos jefes en el poder, no pueden creer en su estabilidad. Por otra parte, cada gobernador tenía su sistema: los unos querían gobernar por la fuerza; los otros pensaban obtener mucho más por la persuasión; esperaban atraerse la raza conquistada, lo que era un error.

Los jefes que mandaban en las provincias sufrían inevitablemente la influencia del gobernador general y seguían su sistema, unas veces duros, inexorables, imponiendo un yugo de hierro; otros eran reemplazados por su afecto al sistema enteramente opuesto. Todos estos diversos modos de gobernar al país no podían menos de ser perniciosos, puesto que el acto de un día estaba en contradicción con el de la víspera.

Lo mismo sucedía con los generales que mandaban las (provincias) columnas: apenas habían obtenido algún éxito, aprendido á conocer los árabes y hacerse conocer también de ellos, cuan-

do de repente el que se hallaba en la provincia de Argel era enviado á Orán, á Constantina ó llamado á Francia y reemplazado algunas veces por un general que nunca había mandado columna, y, lo que era más perjudicial, no tenía la experiencia que da una larga permanencia en el país.

¿Qué sucedía? Que desde la llegada de este nuevo jefe, algunas tribus se apresuraban á someterse: lisonjeado por tal comportamiento, lo tomaba por un triunfo y las recibía solícito, contentándose con el caballo de Gaelda. Creía sinceramente en sus sumisiones, y apenas se figuraba que servía de juguete á estas tribus, que no se habían sometido á sus predecesores, porque éstos, conociendo su mala fe, sus defecciones, sus actos de hostilidad, y algunas veces los asesinatos de que se habían hecho culpables, no hubieran aceptado seguramente su obediencia, sin imponerles duras cláusulas.

Las instrucciones dadas á los diversos generales que se sucedían eran algunas veces las mismas; pero es constante en la naturaleza humana creerse de más valor que los que nos han precedido; además, los principales de las tribus sometidas no dejaban de insinuar al recién venido, que el que mandaba anteriormente no conocía el país, la administración ni el modo de gobernar: en una palabra, que no entendía de nada; convencido de ello el general, y deseoso de poder anun-

ciar triunfos desde el principio de la campaña, se dejaba llevar por unas frases tan bellas, como falsas eran las pruebas de sumisión, y lejos de emplear la severidad, usaba la indulgencia; algunos meses después, el resultado era empezar la guerra de nuevo.

Los hombres cambian; pero en Africa los principios políticos que hay que seguir respecto á los árabes deben ser siempre los mismos; jamás se debe recibir la sumisión de una tribu sin exigirla una garantía formal; más valdría seguir invariablemente un sistema defectuoso, que el ver á cada jefe de columna llevar y querer que predomine el suyo.

Así puedo afirmar que ciertas tribus creerían cometer una falta en someterse á tal ó cual jefe de columna; muy pronto, dicen, la columna va á cambiar de traje (frase de los árabes), y tenemos tiempo de someternos al nuevo jefe, porque ignorará nuestros antecedentes y obtendremos así mejores condiciones.

El pago del impuesto no es suficiente garantía, en mi opinión, de la sumisión de una tribu: es preciso que venga toda ella á ponerse á disposición de la columna; jinetes y peones deben marchar con ésta cuando se persigue á las otras tribus; y á fin de comprometerla para siempre es preciso enviarlos al fuego los primeros: la multa impuesta debe pagarse sin retardo; los fautores de la revuelta, los asesinos, los predicadores de

la guerra santa deben entregarse; es preciso (entregar en nuestras filas) hacer ingresar en nuestras filas algunos hijos de los principales jefes, enviándoles á escuelas puramente árabes que deberían crearse en los puntos avanzados de la Argelia, y después tomar rehenes que se internarían durante algún tiempo en las ciudades del litoral.

Cuando una tribu viene á someterse por primera vez sed muy generosos con ella, pero muy severos en cambio con aquella que hubiera faltado ya á sus promesas. Con los árabes no hay términos medios; se debe obrar siempre con energía y vigor, y sobre todo probarles que no pueden esperar impunidad los culpables.

Los árabes conocen tanto nuestra manía de aceptar sumisiones incompletas, que Abd-el-Kader mismo obligaba á las tribus amenazadas por la aproximación de una de nuestras columnas á venirnos á presentarnos un caballo de *gadda* para salvar sus cosechas y sufrir el impuesto, sin perjuicio de pagarlos en seguida á tiros cuando se iba á reclamar la entrega. He hablado muchas veces del carácter de los árabes; su pasión por la guerra, el odio violento que nos tienen, los impulsa siempre á sublevarse, y no nos aseguramos contra toda tentativa de revuelta, hasta el día que estén completamente desarmados.

Esta operación de desarmar, que me parece indispensable, puede efectuarse sin grandes dificul-

tades; citaré como prueba el verificado por el mariscal Bougeaud en la Marcusi, y por otro general en la Dara y en las Ilillas: en menos de cuarenta días se reunieron 12,900 fusiles; eran en verdad fusiles usados, pero no por eso mataban menos nuestros soldados, y alimentaban entre los árabes el genio belicoso que los caracteriza.

En esta época el general Bougeaud, que comprendía muy bien toda la bondad del medio, debió sin embargo renunciar y ceder á las justas reclamaciones de las tribus desarmadas que le decían con razón: «Si nos quitáis nuestros fusiles ¿cómo defendernos contra las tribus que pueden sublevarse á nuestro alrededor? en cuanto á vuestras columnas móviles, que he indicado, dicha razón pierde todo su valor, pues siempre estaremos nosotros en el sitio donde se necesite proteger, á nuestras tribus sometidas, contra la agresión de las hostiles.» Es bien evidente que no se puede pensar en llevar á cabo el desarme de todos los árabes á la vez; pero se podría desde ahora adoptar (el sistema) como principio de que las tribus que se rebelasen en lo sucesivo fueran desarmadas, haciendo del desarme un castigo para todas las faltas cometidas por ellas; los robos, los asesinatos tan frecuentes en las tribus, nos presentarían infinitas ocasiones de aplicar este sistema, y al cabo de algunos años quedaríamos, por fin, tranquilos poseedores de nuestra hermosa conquista.

Cuando una tribu hubiese sido desarmada, se

vigilará que sus individuos no tengan nunca armas en su poder; los jefes de las tribus responderán de ello bajo su responsabilidad personal.

Tren de equipajes

No es de menor importancia, siquiera sea menos brillante que el de las otras armas, el papel que el tren de equipajes está llamado á desempeñar en las columnas. No hay expedición posible sin este poderoso auxiliar, y el oficial que la mande, para estar á la altura de su misión, debe reunir una multitud de cualidades. He visto una columna en la imposibilidad de continuar sus operaciones, después de treinta y cinco días de marcha, por el descuido del oficial del tren que había dejado reducir á 150 un convoy de 500 acémilas; por el contrario, otros oficiales que partieron con este número permanecieron en campaña siete meses.

La organización del tren de equipajes no es buena; los oficiales no son bastante numerosos, y esta necesidad se hace sentir sobre todo en campaña, donde un convoy de 300 á 500 mulas está rara vez mandado por más de dos oficiales, por estar formado de numerosos destacamentos conducidos por sargentos y cabos que se reunen á la columna.

Como consecuencia de este sistema, cuyo vicio han señalado todos los generales, un solo hombre conduce dos mulas cargadas cada una con dos cajas de galletas, ó dos artolas destinadas á los enfermos ó heridos. Sucede algunas veces durante la marcha, que una acémila se cae, se escapa ó bien que restregándose una con otra rompe las cajas, ó lo que es aún peor lastima á los enfermos.

Estos son los inconvenientes en las marchas, pero no son los únicos: desde la llegada al vivac es preciso que el conductor del par de mulas instale sus dos acémilas, las descargue, las ate y vaya á darles el pienso. Este hombre, que ha hecho el camino á pie, está horriblemente fatigado: á cada momento ha tenido que levantar una bestia caída, correr tras de otra que se había (extraviado) escapado, colocar de nuevo las cargas vencidas ó desarregladas, y después de todo esto llega al vivac y ha de ir á buscar forraje, no para una, sino para dos mulas.

¿Cómo no se tiene en cuenta tanto trabajo? Es imposible que el soldado á pesar de su buen deseo, que tiene dos mulas para cuidar, baste á todas las exigencias del servicio. Todo el mundo sabe muy bien que un soldado de caballería que ha hecho su camino á caballo, tiene sólo el tiempo necesario para cuidar su montura.

Todo oficial de tren que se interese por la suerte de sus soldados y por la conservación

BIBLIOTECA Granada

de las acémilas, antes de marchar á una expedición, debe pedir al Comandante de una columna soldados auxiliares, con el fin de tener un hombre lo menos para conducir cada caballería; esto es indispensable, sobre todo, para el servicio de sanidad, y semejante petición no debe ser desechada nunca. Deberá pasar una revista minuciosa de todas las acémilas, porque como están apareadas, sucede algunas veces que una bestia enferma se pone en marcha, porque aquella con la que forma pareja se halla en buen estado; en el momento de salir, todas hacen número y están cargadas.

Así el comandante de la columna ve muy pronto reducidos á la mitad sus medios de trasporte. Muchas acémilas no pueden llevar las cargas á causa de las mataduras que se agravan con la marcha, y aquellas que estaban casi fuera de servicio el día de la salida, no sólo no pueden llevar nada, sino que apenas se encuentran en estado de marchar.

A la vuelta, el jefe de la columna ve que se le imputa como una falta el gran número de acémilas que trae completamente estropeadas.

Los víveres se hallan disminuídos en una mitad; porque las cargas dobles no son posibles, y desde que esto sucede, es preciso volverse ó perder un tiempo considerable en reorganizar el convoy.

Además, á las mulas estropeadas ó cojas no se

las debe ni se las puede matar, pues si curan no serán perdidas para el Estado, así que es preciso alimentarlas, aunque no reporten utilidad alguna.

El primer deber del oficial del tren es el de asegurarse que todas las acémilas están en buen estado; bastes y artolas deben ser escrupulosamente examinados. Al toque de bota-cargas es preciso que vigilen la manera como los sargentos y los cabos hacen poner los bastes y las cargas. Hay una mala costumbre bastante extendida en los convoyes que es la de recargar las acémilas; el oficial de tren debe ser muy severo sobre este particular.

En marcha hará siempre doblar, y cuando el terreno lo permita, marchar de ocho en fondo: en el paso de un río ó de un arroyo no permitirá dar de beber, y como generalmente manda todo el convoy, debe él mismo detenerse, y no volver á echar á andar hasta que haya visto pasar la última acémila; dos ó tres retrasadas bastan para interrumpir toda una columna.

En las paradas largas un hombre solo debe guardar dos caballerías, los otros van á forrajear. Desde la llegada al vivac, tan pronto como se ha descargado, los hombres conducen las bestias al forraje, teniendo mucho cuidado de hacerlas beber antes de volver al vivac.

El oficial debe observar la más estricta vigilancia para que á los animales no se les eche la ce-

bada en el suelo, pues así se pierde siempre la mitad; si hay falta de morrales de hocico, pueden emplearse los cubre-cargas, teniendo cuidado de reemplazar los que se pierdan de aquellos, ó se estropeen, con otros hechos con trozos de tienda ó rifles árabes cogidos en la primera razzia. Cuando las acémilas estén atadas, es bueno en cuanto sea posible, colocar piedras figurando canales, y así el viento no se llevará el pienso. El oficial debe levantarse dos ó tres veces por la noche para asegurarse que los mulos tienen que comer, y no debe olvidar que el soldado del tren no es como el de caballería; éste quiere á su caballo que le evita una parte de su fatiga, siempre tiene interés por él y su interés le manda que le cuide; el soldado del tren no quiere á su caballería de la que no recibe más que coces, así en la marcha como en el vivac; no prestándole ningún servicio, no le cuida tampoco en su fatiga.

Desgraciadamente, esta arma tan útil no encuentra siempre la recompensa de sus inmensos é incesantes servicios que son de todos los días, de todos los instantes; además á la vuelta, cuando el soldado olvida las fatigas en el cuartel, el soldado del tren se vuelve á poner en marcha para abastecer los puestos avanzados, y para él las expediciones no se acaban nunca; es verdad que tiene algunos céntimos más por día; ¿pero compensa suficientemente sus fatigas?

Para este cuerpo las recompensas son raras;

depende de la intendencia, y como generalmente las funciones de subintendente de una columna se ejercen por un oficial, que no las desempeña sino momentáneamente, no puede tener el interés que el jefe de un cuerpo en hacer notar el valor y los sufrimientos de sus soldados (1).

De los gums

No pretendo negar la utilidad de los gums; pueden hacer grandes servicios; pero es preciso saber sacar partido de ellos: empleados sin discernimiento pueden impulsar á un jefe de columna á cometer grandes faltas y á que den mal resultado las operaciones mejor preparadas. Voy á enumerar los inconvenientes que resultan de su empleo.

Desde luego una tribu hostil envía siempre entre nuestros aliados tiendas y jinetes que parecen haber abandonado su causa; estos jinetes tienen una misión que cumplen con exactitud é inteligencia; la de prevenirle de todos nuestros movimientos; forman parte de nuestros gums y, á pesar nuestro, uno ó muchos de ellos se escapan

(1) El cuerpo no es bastante numeroso para que vaya siempre un Subintendente en cada columna.

y van á poner á la tribu al corriente de nuestras menores operaciones.

Por el temor de no haberlas prevenido bastante á tiempo, los que se han quedado en nuestras filas tienen buen cuidado, tan pronto como la columna se pone en marcha, de indicar su presencia por medio de hogueras encendidas á retaguardia; en vano el general quiere ocultar su marcha; en vano cree sorprender al enemigo; el humo se eleva y prevenido éste á tiempo puede escapar casi siempre.

Cuando perseguíamos la Smala en la Sersú se habían tomado todas las precauciones para ocultar nuestra marcha al enemigo; se habían dado las órdenes más severas y hasta se había prohibido fumar.

Sin embargo de largas y penosas marchas, la Smala estaba siempre invisible; desde que dejamos el vivac una ó muchas columnas de humo se elevaban á nuestra retaguardia; ¿quién podía señalar nuestra presencia? El duque de Aumale se desconsolaba al ver destruídos todos sus proyectos, y los soldados fatigarse sin utilidad. Esta señal nos seguía elevándose en columnas de fuego por la noche y de humo por el día; fué preciso concluir con ella. Se colocó una emboscada; la columna se puso en camino y el humo no tardó en aparecer; pero esta vez los spahys sorprendieron una quincena de jinetes del gums, que con ayuda de yerbas secas encendían aque-

llos fuegos; los cogieron y trajeron al campo donde se les hizo pronta y buena justicia. Estos jinetes pertenecían á la tribu de los Muyadet (provincia de Fitery) y todos eran de tienda grande.

A contar de este momento, no se volvió á presentar hecho semejante: la Smala, engañada por otras columnas de las cuales recibía noticias, no tuvo el menor aviso de la nuestra, y el día en que fué sorprendida y deshecha, ni sospechaba nuestra presencia.

A la vista de un campo ó una tribu enemiga, el Comandante de una columna debe guardarse mucho de lanzar su gum antes que la caballería regular, bajo pena de faltar á su objeto: los jinetes árabes salen al galope moviendo sus alborноces y dejan pronto muy atrás á los cazadores y spahys, cargados de un equipo muy pesado; al llegar al campo, hacen resonar el aire con sus gritos, y disparando muchos tiros no tienen otro objeto que espantar al enemigo, ponerlo en fuga y apoderarse del botín sin combate: si huye, todo es saqueado en un instante; pero si hace la menor resistencia, todos estos jinetes tan brillantes vuelven la espalda, y como siempre habrán cogido algunas cabezas de ganado, no tardan en presentarse otra vez gritando: ¡Heum! El enemigo está á algunos pasos. Pero estos algunos pasos son dos ó tres leguas; el Comandante que calcula por el tiempo que el gum ha tardado en

volver conduciendo los ganados, la delantera que ha debido tomar el enemigo, se formará una idea de la distancia que le separa de él, y juzgará que toda persecución es imposible. Desgraciadamente, y esto sucede con frecuencia, cazadores y spahys continúan su carrera y cuando vuelven de noche, llegan extenuados, los caballos sin aliento, y apenas han podido apoderarse de algún ganado.

Con los gums nunca se hacen prisioneros; se contentan con despojar mujeres, niños y viejos; si matan un jinete es defendiéndose, por apoderarse de un buen caballo; pero siempre es contra su voluntad; y, por el contrario, hacen todo lo posible por favorecer la fuga de nuestros enemigos.

El gum no traerá nunca ganados numerosos, y si el terreno se lo permite, cercenará más de la mitad en su provecho. En este caso, el medio más seguro para descubrir á los ladrones es prometerle á la tribu restituirle sus ganados si descubren los autores ó cómplices del robo, y cumplirle la palabra.

Una vez conocidos los culpables, el comandante debe desplegar una gran severidad y hacer un ejemplar que salvará la vida de gran número de soldados. Sucede siempre, en efecto, que á consecuencia de una razzia, los destacamentos de infantería y caballería encargados de conducción de ganados, se escalonan en una gran extensión de terreno, y, llegada la noche, los jinetes del gum se les

unen y se ofrecen para servirles de guías: los soldados que ignoran donde se halla el vivac, los siguen con confianza, y al cabo de algunas horas de marcha todos se encuentran extenuados de fatiga. El gum les dice entonces: «Es preciso dejar los ganados; si no, nos veremos obligados á abandonaros; marchemos al vivac lo más pronto posible, para evitar que el enemigo nos sorprenda esta noche.» Algunos disparos hechos á propósito hacen creer á los soldados que el enemigo está próximo, y no sabiendo donde están, se consideran muy felices en seguir á nuestros aliados, quienes al llegar al campamento hacen valer su celo y fidelidad á nuestra causa, vanagloriándose de haber salvado la vida á nuestros hombres. Durante este tiempo, una partida de su caballería ha recogido los ganados y los ha conducido á sus tribus.

Gran parte de la razzia queda así perdida; pero la desgracia viene algunas veces á ser más grave, pues ha sucedido que soldados sabedores de estos engaños rehusaron abandonar los rebaños y han sido asesinados.

En 1846, después de una razzia hecha sobre las tribus de los Ouled-Naiuls, al Sur de Aglma, un destacamento de 25 cazadores del Regimiento primero, mandado por el teniente de Gourens, encargado de conducir un rebaño bastante numeroso al campamento, que se había quitado al enemigo, no había vuelto todavía á media noche;

pensé que acaso habría sido víctima de la avidez de nuestros aliados, y me apresuré á asegurar á algunos de los principales jefes que se encontraban en mi columna, y principalmente al hijo del califa de la Aglma. Previne á éste que si al romper el día no había vuelto el destacamento, haría fusilar á todos empezando por su hijo; él mismo salió con algunos hombres del gum á buscar los cazadores, y al rayar el alba, en el momento que la amenaza iba á ejecutarse, vi llegar á toda rienda un fatigado jinete que me anunció haber sido hallado el destacamento y que iba á llegar al instante.

Hé aquí lo que había sucedido á Mr. de Gourens: después de haber marchado hasta media noche, viéndose extraviado, convencido de la mala fe del gum y desesperado de encontrar el campamento, tomó el partido de abandonar los ganados, mandó hacer alto, reunió los cazadores, y poniéndose á la defensiva, volvió á esperar el día. La firmeza de este valiente oficial impuso á los árabes, que no atreviéndose á atacar á los cazadores, se contentaron con apoderarse de los ganados.

En esta situación Mr. Gourens fué hallado por el califa de la Aglma. Se encontraba éste tanto más preocupado cuanto que sabía muy bien que de no traer el destacamento, habrían sido fusilados inmediatamente todos los jefes presos, como partícipes de esta traición. Si el destacamento

hubiera sido menos numeroso, y sin la presencia y vigilancia del oficial que le mandaba, estos hombres hubieran sido asesinados infaliblemente, y tal vez hubiéramos creído que habían sido muertos por el enemigo.

No fueron castigados inmediatamente los culpables, porque sus tribus se encontraban muy internadas en el desierto, y demasiado lejos para ser alcanzadas; pero retuve en la memoria este hecho y al año siguiente les dí una lección de la que han debido conservar el recuerdo.

Después de muchas razzias, sucede frecuentemente que el gum cargado de botín no tiene más deseo que el de ponerlo en seguridad: indudablemente el temor al enemigo no le dejará abandonar la columna. ¿Qué hacen entonces (en la nuestra) nuestros aliados? Emplean una estratagema que rara vez deja de tener efecto. Van á anunciar la aparición de un cherif que amenaza saquear sus tribus; el comandante que quiere protegerlas se dirige sobre su país, pero no se halla allí al enemigo; y entonces se le dice que se ha fugado al primer anuncio de la aproximación de la columna, y todo el mundo queda contento: el comandante se regocija de buena fé por haber preservado unos aliados tan fieles, y éstos se alegran mucho más por haber encontrado un medio de colocar el producto de sus razzias, bajo la protección de nuestras bayonetas.

Otro error en el que se cae algunas veces: una

columna que cuenta en sus filas 600 caballos regulares y 1,500 jinetes del gum y que el enemigo se halla bastante lejos para obligar á la infantería á hacer una marcha larga, el comandante lanza sus 2,000 caballos, y ciertamente que tal número, debía bastar para tomar un campamento y saquear una ó muchas tribus: esto sería verdad si todos combatiesen; pero sucede siempre que los gums salen á escape seguidos por la caballería regular; mientras que el enemigo huye, en su ardor belicoso no se contienen; pero si hace frente, todos se dispersan y no tardan en volver al campamento, sin cuidarse en lo más mínimo de nuestros bravos soldados que se encuentran á veces tan inferiores en número, que se ven precisados á suspender la persecución, y algunas veces á retirarse no sin pérdida de hombres y caballos.

No teniendo ninguna táctica, ni lazo alguno de disciplina, el jinete árabe no cuida sino de sí; abandona sus jefes, sus banderas, para pensar únicamente en su seguridad personal.

Todo el mundo sabe que en Africa los mejores jinetes son los duars y los smales de la provincia de Orán; siempre han servido á la Francia con fidelidad; nunca desde el día de su sumisión se han hecho culpables de la menor traición; y bien: ¿cuántas veces no los hemos visto volver las espaldas y huir vergonzosamente? Después del combate de Faguin, estos famosos jinetes, cargados de botín, fueron asaltados por merodeadores y

todos huyeron. Su jefe, el valiente Mustafá Ben-Ismail, siempre intrépido á pesar de sus ochenta años, se esforzó en vano para contenerlos; sus banderas fueron perdidas, la bala de un oscuro kábila le derribó del caballo, y algunos días después pudo contemplar Abd-el-Kader la cabeza y mano de su mortal amigo. Centenares de jinetes habían huído de un puñado de hombres, abandonando su jefe y sus banderas.

En la toma de Smala teníamos más de 1,000 jinetes á la vista del enemigo, y no obstante la presencia del duque de Aumale, antes de haber disparado un solo tiro, se apoderó tal espanto de ellos que en un momento todos desaparecieron; un solo árabe permaneció en su puesto; Ameur-Ben-Ferat Agá de Terrict-el-Haad.

Posteriormente, cuando el duque de Aumale emprendió la expedición de las Aures, llegó al territorio de los Uled-Sultán con un gum de más de 2,000 jinetes; de repente los vió, no solamente fugarse y desaparecer, sino que no tardó en saber que habían saqueado su convoy. El gum estaba seguro de que seríamos deshechos, y tomó sus precauciones empezando por saquearnos. Podría citar muchísimos casos de este género; pero me contentaré con mencionar uno que acaba de suceder muy recientemente en la kábila.

Un oficial muy bravo, el subteniente de zuavos de Beauprete, agregado á las oficinas árabes de Aumale, mandaba un gum de 600 caballos. Si-

el Diondi y un cherif llamado Bon-Rifi salieron á su encuentro; el oficial los atrajo al llano lleno de entusiasmo y de valor, se precipitó sobre ellos con unos veinte spahys al principjo de la acción; su estandarte fué cogido, y las kábilas se dispersaron por todas partes.

Un hecho tan brillante le valió dos recompensas á la vez; fué ascendido á teniente y hecho Caballero de la Legión de Honor; además una orden del día mostró al ejército su brillantc conducta.

Enardecido por su éxito Mr. de Beauprete, creyéndose seguro del gum, se encontró algunos días después frente á 150 jinetes: mandó cargar, pero el enemigo resistió: estos famosos gums de la víspera vuelven la espalda, le abandonan, y hubiera perecido infaliblemente sin la lealtad y valor de los mismos spahys, de los cuales nueve se dejaron matar á su lado.

Es preciso no lanzar nunca los gums sobre el enemigo sino cuando se le tiene á la vista, la distancia es corta y no han de rebasar á los cazadores y spahys. Sostenidos por estos y en la imposibilidad de volverse atrás, harán servicios que no se pueden esperar dejándolos entregados á sí propios.

La experiencia ha demostrado demasiadas veces, que no estando organizados, libres de todos lazos de disciplina, sin la menor noticia de táctica, su mole es embarazosa, su multitud se arre-

molina en sí misma, á los pocos instantes entra la confusión en sus filas, y de esto á una derrota completa no hay más que un paso.

Si se me arguye con que la mayoría de los spahys son árabes, y salen del gum, y sin embargo son soldados buenos y valientes, que no se dejan arrastrar á los pánicos ni á los desórdenes, ni á las derrotas, en fin; contestaré que el día siguiente en que el árabe se engancha en nuestros escuadrones y se pone el albornoz rojo no es ya el mismo hombre; en medio de nuestras filas conducidos por oficiales valientes, teniendo por sargentos ó cabos á franceses ó correligionarios ascendidos, gracias á su bravura, este hombre valiente por naturaleza, va intrépido al fuego, sabe muy bien, además, que una defección de su parte es imposible; ninguno de los suyos le dispensará de haber llevado el albornoz encarnado; jinete del gum puede siempre invocar la necesidad ó decir que sirve contra su voluntad ó con ánimo de hacer traición; en un spahys puede ser esto, pero es seguro que no se lo creerán.

Sería necesario escribir volúmenes si se quisiesen enumerar todas las faltas cometidas por los gums; repito, sin embargo, que pueden hacer servicios si se les sabe emplear; en lugar de sus gums de 1,500 á 2,000 jinetes, tropa siempre confusa que dará tantos más espías al enemigo cuanto más hombres cuente, debe tomar el comandante de la columna alguno de entre los

de cada tribu y escoger los más influyentes y los más ricos; desde entonces tendrá bajo su mano un centenar de jinetes que le podrán ser muy útiles.

Oficinas árabes

Desde el día en que un pueblo conquistador planta su pabellón en una playa extranjera, y, sobre todo, cuando sus costumbres, sus creencias y su idioma aparecen ser una barrera inseparable entre él y los indígenas, debe necesariamente buscar el medio mejor posible para establecer una unión amistosa con aquellos á quienes lleva nuevas leyes.

A los primeros tiempos de la conquista francesa se remonta la creación de las oficinas árabes; pero la dirección central sólo llegó á establecerse á propuesta del mariscal Bugeaud, después de muchos ensayos y tanteos para constituirla.

Un decreto de 16 de agosto de 1841 fijó la organización definitiva; y el 1.° de febrero de 1844 quedaron establecidas en las tres divisiones.

Inmensos servicios ha prestado esta institución en los ocho años que lleva funcionando regularmente, y con razón se ha dicho que era el más

poderoso agente de los conquistadores: de las oficinas árabes han salido la mayor parte de nuestros comandantes de subdivisiones y de círculos, y con el tiempo será de donde salgan la mayor parte de nuestros comandantes militares.

FIN

ÍNDICE

Páginas

Deberes del comandante de una columna. 7
Salida de una columna. 18
Marcha en tres columnas. 20
Paso de obstáculos y desfiladeros. 21
Flanqueadores. 23
Marcha en verano. 24
Instalación del vivac. 26
Colocación de las guardias y de los puestos de avanzada. 31
Salida de una columna dejando el vivac. 35
Marcha sin mochila para la infantería, y con la caballería unida. 37
Reconocimientos. 46
Deberes del comandante de caballería. 51
De la limpieza y cuidado de los caballos. 61
Paso de ríos. 62
De las cargas 63
Marcha de noche. 66
Encuentros por la noche. 78
Deberes de un comandante de infantería en una retaguardia. 80
De las razzias. 83
Ataque de un campamento enemigo durante la noche. . 89
Ataque nocturno dirigido por los árabes contra un campo francés. 94
Sumisiones. 97
Tren de equipajes. 105
De los gums. 110
Oficinas árabes. 121

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

de las obras de la

Revista Científico-Militar y Biblioteca Militar

Administración: calle de Valencia, 323, Barcelona

UN SOLDADO ESPAÑOL DE XX SIGLOS, por el general *D. Jose Gómez de Arteche*.—2.ª edición.—Relación verídica.—Un tomo en 4.°, 5 ptas.

EL TERRENO Y LA GUERRA, por los *Sres. Banús y Pedraza*, profesores de la Academia de Ingenieros.—Un tomo en 4.° con 22 láminas y 150 figuras intercaladas en el texto, 10 ptas.

TACTICA ELEMENTAL.—Infantería.—Caballería.—Artillería.—Por *D. Carlos Banús y Comas*.—Un tomo en 4.° mayor, 6 ptas.

ORGANIZACIÓN DE LOS EJÉRCITOS DE OPERACIONES.—Movilización.—Concentración.—Por *D. Carlos Banús y Comas*, 3 ptas.

ARMAS PORTATILES DE FUEGO (con 10 láminas litografiadas). —Estudios elementales, por el teniente coronel comandante de Ejército, capitán de Ingenieros, *D. Manuel Cano y León*, 4 ptas.

ELEMENTOS DE TOPOGRAFÍA, redactados con arreglo al programa para las Conferencias de Oficiales, por el teniente coronel de Artillería, *D. Joaquín Cabanyes*, 4'50 ptas.

GEOGRAFÍA MILITAR DE MARRUECOS, con planos y mapa general, por *D. Julio Cervera y Baviera*, comandante de Ejército, capitán de Ingenieros, 4 ptas.—Encuadernada, 5 ptas.

EXPEDICIÓN GEOGRAFICO-MILITAR AL INTERIOR Y COSTAS DE MARRUECOS, por *D. Julio Cervera y Baviera*, comandante de Ejército, capitán de Ingenieros.—Edición de lujo con 16 fotograbados. (Tiraje 100 ejemplares), 11 ptas.

NOCIONES ACERCA DEL EMPLEO DE LA ARTILLERÍA EN CAMPAÑA, para oficiales de todas armas, por *D. Javier de Salas*, coronel, de Artillería, 2 ptas.

NOCIONES DE TRIGONOMETRÍA RECTILÍNEA, para resolver problemas de aplicación á la topografía militar, con tablas de logaritmos y antilogaritmos, tablas trigonométricas, empleo de la brújula, etc., etc.; por *D. Pedro de Morales y Prieto*, coronel, teniente coronel de Infantería, 2'50 ptas.

CONFERENCIAS SOBRE TEORÍA DEL TIRO, recopiladas de lo más nuevo, útil y práctico que, hasta la fecha, han publicado diferentes autores (1886); por el coronel, teniente coronel de Infantería, *D. Pedro de Morales*, 2'50 ptas.

LOS FERROCARRILES EN LA GUERRA.—Generación del vapor. —Calderas de hogar exterior.—Calderas de hogar interior.—Máquinas de vapor.—Generalidades.—Detalles.—Clasificación y descripción de las máquinas de vapor.—Locomotora y vía férrea.—Ténder.—Material de una vía férrea.—Marcha de los trenes.—Los ferrocarriles bajo el concepto militar.—Ideas generales.—Explotación militar de los caminos de hierro.—Destrucción de los caminos de hierro.—Ataque y defensa de los caminos de hierro (16 láminas litografiadas).—Por *D. Tomás L. Taylor*, capitán de Ingenieros, 5 ptas.

REFLEXIONES MILITARES del Vizconde de Puerto, *D. Alvaro de Navia Osorio*, Marqués de Santa Cruz de Marcenado.—Esta obra, de mérito excepcional, consta de más de 500 páginas en folio, precedida del retrato del autor, su biografía y nota bibliográfica de los libros de su biblioteca, 10 ptas.

PRINCIPIOS DE GUERRA PUESTOS AL ALCANCE DE TODOS, por Ed. de la Barré Duparq; traducción de *D. Manuel Cano y León*, comandante de ejército, capitán de Ingenieros, 1 peseta.

LA GUERRA Y EL ARTE.—Estudio publicado en la *Neue Militarische Blatter*, traducido y completado con un apéndice sobre la guerra y el arte en España, y algunas consideraciones sobre la estética de la guerra; por *P. A. Berenguer*, de la Academia de la Historia y teniente de Infantería, 1 peseta.

RECUERDOS DE LAS GLORIAS ESPAÑOLAS.—Sitio y batalla de Pavía y prisión del Rey de Francia Francisco I.—Estudio histórico militar, por el teniente coronel, comandante de Infantería, *D. Manuel Díaz y Rodríguez*, 1 peseta.

ATAQUE Y DEFENSA DE PLAZAS.—Mollik.—Traducción de *D. Juan de Ugarte*, capitán de Artillería, 6 ptas.

ESTUDIOS DE ARTE É HISTORIA MILITAR, 3 tomos, por *Don Cárlos Banús*, 9 ptas.

ARTE MILITAR.—*Compendio de táctica aplicada*, por el comandante de Infantería *D. Manuel Moreno y Churruca*, 7 ptas.

MANUAL DE ZAPA, ilustrado por *Lagarde*.—Generalidades y trabajos accesorios.—Construcción de material de ramaje.—Marcha hasta el pie del glasis.—Zapa volante.—Zapa volante con cestones.—Zapa llena simple.—Marcha á través del glasis.—Zapa doble.—Zapas accidentales.—Conjunto de los trabajos en el glasis.—Ocupación del camino cubierto y descenso al foso.—Bajada al camino cubierto.—Bajada al foso.—Trabajos posteriores al coronamiento del camino cubierto y paso de fosos.—68 figuras intercaladas en el texto, 2'50 ptas.

BREVE COMPENDIO DE HISTORIA MILITAR, por *D. Francisco Martín Arrúe*, teniente coronel, comandante de Infantería é individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia.—1887.—Arte militar.—Definiciones.—Edad antigua.—Edad media.—Renacimiento militar.—Reyes Católicos.—Supremacía militar de España.—De Gustavo Adolfo de Suecia á Federico II de Prusia.—La revolución francesa y el imperio.—Guerras contemporáneas desde la civil en España de 1833 hasta la ruso-turca en 1877, 3'50 ptas.